El fin de la verdad

Alejandro Cernuda

El fin de la verdad

Alejandro Cernuda

Copyright © 2012 Alejandro Cernuda

All rights reserved.

ISBN: 1499798520
ISBN-13: 978-1499798524

LA MADRUGADA BREVE

Hoy estás borracha de verdad y te vuelves retórica, drástica. Sabes que no me gusta pero insistes con fervor en todo eso que llamas libertad. Quizá ya no seamos tan buenos amigos, explícitos como antes que crecieras dentro de ese cuerpecito escuálido. Los años en que me creías un genio, te ponías celosa y llorabas cada uno de mis poemas porque no comprendías lo impersonal que puede ser la literatura, que escribir a veces lleva menos que vender carne. Ya, ahora lo sabes y comienzas a ser también una lectora en tercera persona, coleccionas en la memoria los trozos más musicales o filosóficos, y piensas, y dices: *nothing personal*. Y lo repites en este momento con los labios húmedos de cerveza y los pies colgando con tus zapatos en la punta de los dedos como si el muro del malecón te separara de ese algo terrenal que aborreces sin haber vivido. Eres la misma Sofía de pelo rubio, y a la vez distinta, no digo a otros tiempos sino a la que hace un rato me rozaba con las piernas. Has cambiado en par de horas. Ya no entornas los ojos ni miras de soslayo, te alisas el pelo a dos manos y nada más te interesa el mar en paz y el ruido de las latas en el saco que arrastra un viejo.

- Ni se te ocurra –dices-. Dale las latas pero no le hables.

¿Te alarmas, verdad? Me adviertes que deje de mirar al viejo, sabes que tengo mis manías, que soy amistoso cuando bebo. Y los distintos nocturnos: recogelatas, pajeros, travestis, se hacen los que se hacen mis amigos. Yo no estoy borracho pero me tienes, sabes que todavía no hay alcohol en mí para mandarte al carajo y a la vez, está

truncada mi capacidad de predecir el futuro.

Entonces me dices que quieres ver a Orlando, silbas sin mirarme esas palabritas, como un comentario intrascendente y después: Llévame, por favor. Con una mirada y un parpadeo. A mí me parece que es muy tarde para visitas y te recuerdo que Grettel puede volver: Si no vas conmigo, voy sola. Y no te das cuenta que tú quieres ir a ver a Orlando y yo quiero esperar a Grettel, pero vamos y no sé por qué, quizá la bondad de un taxi fácil parqueado a unos metros o porque son pocos los momentos de ser digno contigo, o estas ganas de admirarte, de decir: Si yo tuviera tu valor, Grettel sabría más de mis miradas, y yo no confundiría el azul con el verde de sus ojos, o no fuera por gusto la atención que pongo a cada una de sus palabras… Con tu valor, nené, iría directo al grano, sin pensar en ti. Porque, ¿sabes?, a veces me atrevo a no pensar en ti, es un buen ejercicio para cuando llegan estas cosas, como ahora, que quieres irlo a ver y crees que ser tu amigo me obliga a olvidarme del sexo profetizado entre nosotros, a consentir que eres puta y estás viva, aunque te molestes cuando no nos damos cuenta; y yo sonría esas veces que Grettel te critica por hablar de otros hombres frente a mí, o tratarme a trancos y me haga el desentendido o diga déjala, porque ya estoy acostumbrado a que tras tus ofensas llegue su voz conciliadora, hecha de una sintaxis íntima, casi preventiva del daño que intentas causarme. No somos iguales y ese es un buen argumento, tú quieres ir y sabes que me tienes. Yo no quiero que vayas pero necesito perderte; ahí la diferencia, tú no precisas deshacerte de mí para seguir adelante y yo no quiero traicionarte.

Vamos. El viejo camina hacia nuestro sitio. Hay dos latas de cerveza, pero antes de recogerlas sigue con la mirada el avance del taxi. Explicas la trayectoria con tu voz enrevesada, se acaba el malecón y no escuchas que trato de justificarme porque (a lo mejor los tragos) me creo con valor para enamorarla mañana: Es lejos, dices una y otra vez, aun cuando el taxi frena tras los edificios: Yo pago, murmuro, y también que te espero hasta que sea. Y me siento en el banco frente a su escalera, y no pienso en ti, no importas porque es

como si te hubiera pedido permiso para pensar en Grettel. Además hay mosquitos, un poco de frío y la gente que pasa y me mira. No me acuesto aunque tengo sueño, me da vergüenza, y estar sentado con cara responsable es un poco responderles que estoy haciendo algo formal. Estás allá arriba, tras las celosías, en el balcón del segundo piso. Te oigo reír y conversar animada mientras yo la invento conmigo, aunque sé que mi generador de utopías, cada vez más ineficiente, no se atreverá a desnudarla. Ya ves, *nené*, como Alejandro cuando estaba enamorado de ella y nos contó que tampoco pudo hacerlo. Con Grettel no puedo pasar del protocolo, un encuentro, una mirada, quizá un beso, un amago de amor como el pensamiento de Alejandro y sin embargo, no defino amor. Pero no quiero que bajes, quédate un poco, otros quince minutos después de la media hora que ya llevo aquí, para ver si la imagino entre las adelfas del parque con su vestido rojo, el mismo de la noche en el teatro.

Son las dos de la madrugada cuando escucho ruidos de cualquiera, unos pasos cortos que vienen de la calle. Grettel se acerca por el camino entre los edificios y atraviesa el parque por donde nadie ha cruzado después de nosotros. A lo mejor no lo has notado, ella está resfriada desde que el martes nos sorprendió la lluvia y se quedó bailando un rato antes de llegar al portal donde tú y yo nos refugiamos. Se suena la nariz, y ese ruido y sus pasos cortos ya no son ruidos de cualquiera. Al principio no me reconoce, pero hay una breve ojeada y un estremecimiento cuando pasa de no saber a fingir no conocerme. ¿Qué haces aquí? nos preguntamos, y entonces te reíste tras las celosías con tu risa espasmódica de chiste nuevo, casi en el mismo momento ella se sentó a mi lado y hubo un silencio bueno para no mentir, porque yo no soy como tú, no podría decir que estoy aquí por ella y Grettel no quiere intrusos en sus misterios. Murmuro un nada y ella dice de un sin sueño, un libro que recoger y cambia la conversación, mira de vez en cuando al balcón y después a mí, como si sus ojos rebotaran en los míos antes de pestañear y fingir una sonrisa diferente a tus carcajadas. Tú repites la risa como si fuera el mismo chiste, que ya has olvidado, y yo comento al vuelo lo bien que le quedaba anteayer el vestido rojo en el teatro. Ella se sopla la nariz y

no me escucha, tu voz a través de las celosías necesita público, y entonces yo juego un rato a pensar que vino por mí, hasta que falsear la realidad es inútil y reconozco que ella también está aquí por él. Porque ustedes tres son amigos desde hace años y eso justifica los concilios, los secretos.

- Tienes un pie en el camino de las hormigas -dice Grettel después de mirar un rato la acera. Me fijo en la hilera de insectos que sale del jardín y tratan de subir a mi zapato.
- Sí.
- Pero no cruces los pies así, pareces gay –se ríe.
- ¿Los subo en el banco?
- Eres tan cómico.
- Alejandro es cómico, yo no.
- Sí, si escribiera como habla…
- ¿Tú has leído algo de él?
- No, pero ella –señala al balcón donde ríes-, ella dice que sus tramas se subdesarrollan.
- Ella tiene envidia, el pobre guajiro hace lo que puede.
- No creo.
- ¿Tampoco te gustan mis poemas?
- Tampoco, pero a ella sí.
- Pero he escrito algunos para ti.
- Ves, debes ser cómico porque eres tan mentiroso como Alejandro.

Hay ruido de sillas, ¿Bajas o te vas a la cama con Orlando? Grettel y yo miramos al balcón, te conocemos tanto que seguro nos preguntamos lo mismo. Está oscuro tras las celosías, tú hablas indiferente sobre la escena de alguna película que nadie más vio, o él también porque dice: Sí, sí. Pareces complacida y dices: Bueno, como si ya fueras a bajar. Alguien pasa por el parque, quizá piense que Grettel es mi novia y la idea me parece una premonición. Siento que es el momento de decirle algo, un comentario seductor, una parábola, una invitación para cuando despierte por la tarde. El testigo del parque tose, es el viejo con el saco de latas al hombro, nos mira y sonríe como si me reconociera, mira al banco, a la acera, no ve latas

pero sigue sonriendo con sus pocos dientes. ¿Cómo puede vivir tan lejos del malecón? o quizá es lejos nada más para ti que necesitas los kilómetros para que tu locura sea mayor… ¿Ya vas a bajar? Grettel y yo sentimos abrir la puerta. Sigues conversando. Estás animada, feliz y yo aún no enamoro, no digo, ni siquiera pienso y se me va el tiempo antes que aparezcas o pase de largo el viejo con su sonrisa cómplice y se olvide que el tipo que a veces se muestra amable con él, sea el novio de una Grettel que no conoce y no sabe que me es inaccesible y lo será hasta que no logre soñarla desnuda.

- ¿Quieres ser mi novia? – le digo, cursi, para que suene a chiste. Bajito, para que se hunda entre tus palabras que son altas porque nunca tienes miedo.

- Sí –dice ella-. Creo que eso fue lo que preguntó Orlando. Y se pone un poco triste y se va antes de que bajes.

Llegas, estás sobria. Caminas en silencio hasta que se acaba el parque. Vas apurada porque tienes miedo a que Orlando se asome entre las celosías y te vea conmigo. ¿A qué vine?, me pregunto mientras pasamos entre los edificios para buscar una calle recta y sin pendientes hasta el Prado. Sin embargo vas en dirección a mi casa, lo sé porque doblas por la calle 33, antes de llegar al semáforo. Estás eufórica y comienzas a contarme palabra por palabra: Qué lindo es… Tu taconeo se disuelve con las piedras del callejón para cortar camino por detrás de la bodega: Al final me besó, dices con sonrisa pícara, y yo pienso que fuiste tú quien lo besaste, o que no es relevante si coincidieron en el beso. En fin, que no me importa. Tú sigues hablando y te apoyas en mi hombro para subir a la acera alta.

- ¿No preguntó por Grettel?

- No, pero él se lo cuenta todo mañana, y ella me lo cuenta a mí.

Sigues con tu mano sobre mi hombro casi hasta llegar a mi casa, entonces te quedas al borde del primer escalón hasta que abro la puerta. Me besas antes de entrar, y por un segundo estoy contento de que hayas sido tú la que empiece. Sigilosos, mientras te desnudo, cruzamos cerca del colchón tirado en la sala, donde Alejandro duerme

y no le importa nada más.

EL VIEJO QUE ENTENDÍA LOS TRIÁNGULOS

La mujer se levantó con la zozobra de que iba a morir. Luego recorrió la casa, a tientas, como si una nostalgia inexplicable la llevara a despedirse de los objetos más comunes; un viaje lento, del que salió espabilada al llegar a la puerta de la calle y comprender que tenía en las manos una jarra de agua y un vaso. Luego pensó: Es mejor que importune un viejo sediento y no la policía porque Aldo volvió a hacerle daño a alguien.

Como parte del alivio la mujer sonríe: ¿Un vaso de agua?, no faltaba más, a su edad se lo merece luego de subir desde el pueblo. ¿De paso hacia la sierra?... Sin embargo, la mujer sirve el agua desde una distancia prudencial, tiembla el chorro y un par de veces salpica el brazo que se estira para propiciar la acción. ¿No se encontró con nadie por el camino? Seguro que no, Aldo siempre se demora en el bar aunque no prueba la bebida, es médico, ¿sabe?, y también boxeador, pero eso no lo sabe nadie. ¿No lo vio? Tiene los ojos verdes y es de alto como usted.

Ella sirve como si sospechara algún desafuero en el desconocido. El forastero responde con un movimiento del cuello, no traspasa la línea del umbral, pero mientras finge beber no deja de observarla. Nada, se dice ella para evitar un mal presagio, un desconocido, un infeliz sediento que vende de pueblo en pueblo. Jabón de lavar, percheros, cepillos… El viejo hace una pausa y ella observa cómo se define una línea de humedad en el bigote. Estoy en el negocio de los triángulos, dice el viejo y vuelve a pegar sus labios al

vaso. Entonces la mujer pensó que estaba un poco trastornado pero que era decente e inofensivo.

- Muy buena el agua –dice el viejo cuando termina. La mira y sonríe de una manera cordial-. No todo el mundo tiene caridad con los desconocidos, menos en una casa tan aislada-. El viejo devuelve el vaso, del que sólo ha bebido la mitad.

- No es más que un vaso de agua –dice ella y saca medio cuerpo para tirar el resto a las magnolias del jardín, pero de repente lo mira como si tratara de recordar su rostro de alguna parte- Usted no es de por aquí.

El viejo, en lugar de retroceder para darle espacio, se pega al marco de la puerta y adelanta un pie dentro de la casa. No se puede decir que sea un proceder atrevido, en todo caso, poner un pie dentro de la casa es una elección válida a la hora de hacerle lugar a ella, y es un señor de buen porte, con guayabera y pantalón de dril, todo lo normal de sucio y estrujado por el viaje. Así que no hay nada inusual, salvo que este octogenario, inofensivo en apariencias, parece no tener intenciones de irse y a esta hora de la noche basta para que la mujer recuerde, o suponga, porque nunca ha sucedido, que a Aldo Bosch no le gusta ser molestado cuando llega del largo viaje en tren desde La Habana. Ella da un paso más, mira en dirección al pueblo y falla al verter el resto del vaso sobre las magnolias. El agua moja la baranda y el piso.

- Las magnolias no necesitan de las abejas –dice el viejo.
- ¿Cómo dice?
- Son plantas viejas, muy norteamericanas.
- Ah… las magnolias.
- Conste que digo norteamericanas en un sentido continental.

Pero ella no quiere hablar, hay algo que la incomoda en la mirada constante del viejo. El viejo del saco, no me va a llevar, no me voy con él, repite en su mente, luego sacude la cabeza, da un paso en diagonal, agarra la puerta y la abre un poco más para que el extraño salga. Son como de vals aquellos dos pasos, el del viejo es sutil, el de ella un poco más rápido y largo. El viejo parece girar para salir pero

detiene la rotación al quedar de frente a la mujer. Se miran y ella cree ver una forma de agradecimiento en la lentitud de la retirada. Entonces la luz de un rayo ilumina todo el camino y un ruido ensordecedor hace que la mujer dé un corto grito; la luz del portal se apaga y el bajo voltaje amarillea en el alumbrado público. La oscuridad, hasta que la vista se acostumbra. Es la mujer quien sale, la bombilla del portal pestañea un par de veces antes de volver a la normalidad y ella espera con la vista fija en la calle.

- Casi –dice y le sonríe al viejo-… Es hora de acostarse-. Pero cuando se dispone a girar el cuerpo para permitir la salida del forastero siente que este le toca el brazo y se corre hasta el otro extremo del marco a la vez que sube el hombro en una actitud defensiva.

- No se asuste.

- El apagón me pone nerviosa –dice la mujer y de mala gana reconoce su miedo-. Si Aldo llegara antes que se fuera la corriente. Porque, usted sabe, la gente dice que yo soy más nerviosa de lo común y entonces, sin luz…

- No habrá apagón.

- ¿Y usted cómo lo sabe? –ella sonríe y abanica la mano en señal de incredulidad-. Cada vez que truena se va la corriente.

- No habrá tormenta eléctrica-. El viejo mira al horizonte antes de afirmar- Es el último relámpago…

- Sí, sí, pero va a tener que disculparme. A lo mejor llega mi esposo-… Ella mira de nuevo a la calle. Le habían dicho que mencionar al esposo solía resultar preventivo contra el arrojo de los hombres, aunque el viejo más que ofensivo le parecía un ser de carácter pedante, sentía que era una de esas personas capaces de importunar durante horas-. A lo mejor Aldo vino en el tren y se quedó conversando en el Bar. Aldo Bosch, ¿usted no lo conoce? Él era boxeador, pero luego golpeó a un hombre en la calle…

El viejo vuelve a mirar al cielo, luego entrecierra los ojos y respira profundo.

- El señor Bosch aún no llega, está diagnosticando el sarampión

de una niña que vive en los arrabales del pueblo.

- ¿También sabe eso? –ella sonríe-. Yo pensé que lo suyo era el pronóstico del tiempo. Como me dijo que no iba a llover más. O eso de los triángulos que no entendí bien.

- Disculpe si la confundí con ese detalle…

La mujer camina hasta la mitad del portal y mira las magnolias: Eso es, piensa, este viejo vino en el tren y sabe que Aldo fue a ver algún paciente. Por eso se aprovecha.

- Seguro usted conoció a Aldo en el tren. Él es tan hablador.

- Conozco a su esposo. Desde el primer momento…

- ¿Cuál momento?... Si lo conociera sabría que es impredecible… El es muy celoso, sabe, lo mejor es que usted no estuviera aquí cuando él llegue.

- ¿Celos de mí? –dice el viejo y luego murmura-. Érase una vez un hombre que mataba por celos.

- No, aquella vez no fue por celos, y nadie murió.

El viejo se acerca a la mujer con un paso largo. Ella siente el calorcillo generado por el cuerpo que se aproxima y al final un leve roce de la manga en el hombro, como si el viejo se hubiera movido por fin con descaro. Mejor se va, dice ella y le tiembla la voz, deja la jarra en el piso del portal y entra en la casa; comienza a cerrar la puerta, con la suavidad suficiente para no parecer brusca.

- No se asuste. Solo quiero conversar un poco. Deshacer un triángulo, si usted me lo permite.

La frase es dicha en un tono grave. Ella siente que su psiquis no llega al miedo, pero sí a su cuerpo un agotamiento que le impide ejercer fuerza sobre la puerta. Es el viejo, por el contrario, quien empuja la madera, pero ella lo ignora a pesar del sonido último del pestillo contra la pared. Ya no se puede abrir más y la mujer se vuelve, rendida por el cansancio, mira el espacio de la sala, el televisor apagado, y cuando se mueve lo hace hacia el centro de la habitación, como si de repente olvidara que no estaba sola. Usted vino en el tren, dice pero su voz es casi imperceptible; luego siente que hay kilómetros entre ella y los muebles; comienza a caminar en pos de

ellos con zancadas desmedidas. Él la sigue unos cuantos pasos con temor de que se haga daño. Ella se deja caer en una butaca. Por una razón, que tampoco la preocupa, está demasiado cansada para protestar la intromisión del extraño.

- Tengo que decirle que es usted muy hermosa –la voz rebota a diestra y siniestra y cambia en caprichosos registros. El eco repite la frase hasta que ella sonríe con los ojos entornados-. Es así de sencillo. Decirle a las mujeres que su hermosura nos somete- dice el viejo, pero esta vez habla en voz baja y no hay eco.

- Tiene que irse-. La mujer escucha sus propias palabras como si fueran ajenas. Ahora comprende que un poco antes esperaba dormida a que Aldo Bosch regresara de La Habana y, sin una razón en particular, se había levantado. Cuando el viejo tocó el timbre ya ella estaba con la jarra y un vaso a medio camino de la puerta.

- Ya le dije que su esposo no demora, solo es una niña enferma.

- Tuve la idea de que usted vendría, y es bueno predecir esas cosas, pero ¿quién es usted?

- Eso no importa.

- Entonces váyase, Aldo puede llegar en cualquier momento.

- Sus ganas de que me marche tienen que ver con la voluntad del señor Bosch, no con la suya-. El forastero se asoma al pasillo, mira hacia la cocina- Una buena casa –murmura-, pero tan apartada que en estos tiempos sin su esposo la trae a usted muy aburrida.

- Es un pueblo lleno de gente grosera. No sabe cómo me gritan puercadas cuando voy sin Aldo.

- Por otra parte, Aldo Bosch viaja mucho –explica el viejo.

- A La Habana, cuatro o cinco veces al mes.

- Tiene novia en la capital. Es lógico que viaje tanto.

- ¿Novia?

- Sí, otra mujer.

La mujer se mira las uñas de una y otra mano. Para hacerlo se aprieta los dedos, como si el enrojecimiento de la carne alrededor de las uñas ayudara a revisar la limpieza. Termina cada inspección con el roce del pulgar sobre los dedos de la mano contraria. Desde la mención de la supuesta novia de Aldo Bosch ella no ha parado de

negar con la cabeza.

- Eso es mentira. Aldo no sería capaz –grita la mujer y se echa a reír mientras se alisa el cabello con dos rápidas pasadas de ambas manos. La risa y el ademán terminan de forma brusca.

- ¿No me diga que no lo sospecha? No se puede ser tan loca.

- Eso es imposible –grita la mujer-. Yo lo esperé cuando estuvo preso por golpear aquel infeliz.

- La novia está embarazada, y el señor Bosch piensa mudarse con ella-. La mujer trata de protestar, pero la brisa le configura el rostro y es como si olvidara las palabras del viejo.

- Es un pueblo aburrido. Por eso Aldo va a La Habana –dice al fin.

- El señor Bosch se pondrá contento de verme.

- El señor Bosch, el señor Bosch, ¿De dónde saca esa forma de hablar? Como si Aldo fuera alguien muy importante… Y no es que no lo sea, fue campeón de boxeo, pero eso nadie lo sabe.

- Es que Aldo Bosch no me conoce.

- Está loco. Lárguese… Es un pueblo aburrido. Yo también me aburro –dice al fin.

- ¿Quiere dormir conmigo? –pregunta el viejo y parece estudiar algún síntoma en la respiración de la mujer.

- Está loco… -La mujer se estremece como si fuera a salir del trance. El viejo se acerca.

- Ya quiere –murmura y sonríe. Ella trata de resistirse pero las fuerzas la abandonan, y junto con la pérdida de las fuerzas comienzan a rodearla, primero excusas, luego la extraña relación entre lo ignoto y el placer…

- ¿Qué hora es? –pregunta la mujer al sentir el calorcillo de la mañana. Ha salido el sol y ella, sin abrir los ojos imagina la niebla azulada que cubre las montañas. Saborea la imagen límpida del paisaje, y más, porque todavía se siente el cantar de algunos gallos en la lejanía y el aroma del café acabado de colar se expande sutil por el

barrio No le gusta el café, pero no niega los encantos de despertar en aquella atmósfera.

Están sobre una cama que parece flotar cerca del techo. Por un momento ella no se anima a abrir los ojos, no le interesa nada fuera de respirar el aroma del café ajeno, solo la necesidad de marcar el transcurso del tiempo la obliga a entreabrir los ojos. Entonces ve al viejo sentado en la esquina de la cama, vestido como la noche anterior.

- Aldo Bosch… él va a llegar –dice ella y en un reflejo recoge un poco la pierna. Pero los músculos se le relajan como si la sangre estuviera contaminada de anestésicos infalibles. Gira y el sueño vuelve a invadirla en el momento que siente las ganas de saber quién es el extraño. ¿Quién eres? murmura. El viejo no responde, estira las sábanas para cubrirle las nalgas.

- ¿Qué hora es? –dice al sentir una leve presión sobre su pierna. Ya no cantan los gallos ni el aroma es otra cosa que su propio aliento. Huele el sudor de agosto, abre los ojos. El viejo no se ha movido de la esquina de la cama.

- Es hora –responde el viejo y en ese momento ella escucha unos pasos en el corredor. Alguien se acerca y ella va despertando como si cada paso fuera una sacudida. Luego la puerta del cuarto se abre y hay un silencio provocado por el desconcierto de la habitación a oscuras. Cuando Aldo Bosch enciende la luz demora un momento en adaptar sus ojos a la oscuridad y otro en comprender. La mujer trata de levantarse pero está demasiado entumecida. Aldo dice algo que nadie comprende, en tono de ofensa, y se acerca a la cama, pero el viejo mueve el pie, Aldo tropieza y se golpea la frente contra la pared.

- Ayúdame –suplica la mujer.
- Alguien va a morir –dice el viejo.
- Tú sabías que él iba a llegar… Me emborrachaste.
- Es el momento en que alguien debe morir, es lo justo. Por eso vine.
- Nadie tiene que morir. ¿Quién es usted?

- Es inevitable –susurra el viejo mientras observa cómo Aldo Boch se incorpora.

- Me va a matar –dice la mujer. De rodillas sobre la cama, desnuda, antes de levantarse tira de la sábana para cubrirse. En el gesto pierde el equilibrio y cae al otro lado de la cama. El viejo se incorpora, camina unos pasos y le extiende la mano para ayudarla.

- Me permite –El viejo la cubre con la sábana-. En otra situación yo me cuidaría de no asistir a este momento engorroso, para que ustedes decidieran quién debe morir –Hace una pausa, mira a Aldo Bosch-. Pero debo apresurar los acontecimientos, es mi trabajo hacerlo.

- ¿Qué trabajo? ¿De qué habla? Usted me engañó… Me obligó a dormir con usted –La mujer mira a Aldo Bosch y le habla a él-. Me obligó a beber algo: una droga, no sé –dice y se echa a llorar.

Aldo Bosch trata de rodear la cama, pero el mareo lo obliga a sentarse de espaldas a ellos.

- Ni siquiera lo conozco… Es un asqueroso –grita la mujer.

- Voy a matarte –murmura Aldo Bosch sin moverse.

- Alguien tiene que morir, es inevitable –dice el viejo.

- Nadie tiene que morir –dice la mujer.

- Así son de curiosos los triángulos. No llore, estar muerto no es tan malo.

- Quien debe morir es usted –la mujer se defiende pero el viejo no se inmuta con los golpes, como si fuera insensible, mientras sus manos viejas, crispadas, van como las mandíbulas de un perro, paso a paso, desde los brazos hasta el cuello de la mujer. La ahoga, y es tan rápido que Aldo no se entera.

- Me habría gustado no tener que hacerlo yo –dice el viejo y mira a Aldo Bosch-. Pero corren tiempos difíciles.

- ¿Qué ha hecho? –pregunta este. Trata de incorporarse pero el mareo y su cuerpo enorme le impiden mantenerse en pie. Se desvanece

El viejo sonríe y comprueba que el miedo desfigura el rostro de Aldo Bosch. Ciertos músculos, cierta expresión poco usada por los

hombres valientes. Luego el viejo niega con la cabeza-. Nunca te ibas a atrever –dice.

Con el tiempo Aldo Bosch agradecería la falta de memoria sobre los minutos siguientes… como si algún día pudiera olvidarlo todo, de repente, igual que olvidó si supo alguna vez lo sucedido con el cadáver de su esposa. Y más reciente, el momento en que comenzó a creer que nada de aquello había sucedido en realidad. Por lo pronto, cuando despierta del todo tiene la cabeza vendada y el viejo está sentado en la cama.

- Todo está hecho –dice con desgano. La mirada se le pierde en un lugar indefinido de la pared.

- ¿Quién es usted? –Aldo Bosch se retuerce para mirar al viejo.

- Todo el mundo quiere saber quién soy, pero eso en verdad no importa mucho, es más… le confieso que no digo mi nombre porque a pesar de todo, le parecería demasiado cursi. Lo importante es que ya puede traer a su novia.

- No sé de qué me habla.

- La otra, la que está embarazada y vive en La Habana. ¿Ella no le pidió vivir con usted? Pues ya ve-, el viejo abre los brazos- ya no tiene que seguir viviendo con esta loca.

- No, ella no estaba loca ¿Y cómo usted sabe? –mira a ras de suelo, por debajo de la cama, pero el cadáver ha desaparecido-. ¿Ella se lo dijo? ¿lo sabía?-. Aldo Bosch señala el lugar donde había estado el cuerpo. Después logra incorporarse con ayuda de una silla. Se sienta-. No se me acerque –dice al ver que el viejo se ha puesto de pie-. No tenía que terminar así. Ya ella no estaba tan mal-. Aldo Bosch se agarra la cabeza con las dos manos.

- A veces hay que acelerar las cosas… No se ponga así. Con ella nunca iba a ser feliz. Usted tiene otra mujer.

- ¿Qué sabe usted de mi vida?

- Al parecer más que ella. O usted no sabe que en su delirio ella lo sigue considerando un matón, un héroe boxeador. Dígame cómo un médico de tanto prestigio puede quedar enredado así con una loca que lo confunde ¿No es lo que hace dos años estaba tratando de

enmendar?

- Pero ahora está muerta y no la puedo ayudar-. Aldo Bosch se sostiene la cabeza con ambas manos, nota que la herida le vuelve a sangrar-. Yo no le voy a negar que me gustaba. Al principio fue como un reto y el premio de tenerla.

- Pero doctor, qué falta de ética.

- Un día vino y se quedó a vivir…

- No, usted se aprovechó de su locura, pero no se preocupe por ella. Digamos que está en un lugar donde la lucidez no hace falta.

- No tenía que acabar así. Cuando casi la tenía convencida de que yo no era boxeador y que mi nombre real era Aldo Bosch, entonces comenzó a llamar a su antiguo marido como yo… Aquel infeliz todavía está preso porque mató a alguien a trompadas. Ella no lo pudo aguantar.

- A mí se me ocurre decir que le he hecho un favor.

- Ah, pero no crea que no va a pagar por esto. Usted es un loco.

- Sí, eso dicen. Pero, vamos, deje el racionalismo ni piense en otras complicaciones.

- ¿A qué se refiere?

- La policía, las amistades, la familia de ella.

- ¿La policía? Yo no hice nada. Fue usted.

- Corren tiempos malos, amigo. Y usted vive lo que se dice un idilio atendible.

- ¿No le parece que eso no tiene importancia ahora? Mi mujer está muerta.

- No grite… Ya le digo, señor Bosch. Hace dos años que vengo observándolo-. El viejo señala al techo-. Usted es todo un héroe de culebrón y si no se hacía algo a tiempo todo eso se iba a perder. Las mujeres se aburren.

- ¿Y a usted qué le importa? Esta muchacha de La Habana apareció, pero aún yo no encontraba solución. Entonces usted llega…

- Qué puedo hacer, yo rompo triángulos o los empalmo en dependencia de la oferta y la demanda, o es que no se da cuenta que hace falta una cantidad estable de gente tonta para que el mundo funcione. Lo suyo es tratar de ser feliz… Mejor vaya a curarse esa

herida.

- Quien no se da cuenta es usted. Tengo que avisar a la policía. ¿Qué hizo con el cuerpo?

- ¿Quiere que le confiese algo? Ella lo iba a matar tarde o temprano

- Eso no lo va a salvar ¿Cómo se dice? Es contraproducente.

- Estos triángulos son así de trágicos. Tiene algo pitagórico el ir por ahí tratando de lograr el equilibrio.

- No diga tonterías, esta infeliz me adoraba como a un dios ¿Dónde está el cuerpo? La policía querrá saber. No crea que me está haciendo ningún favor al matar a esta infeliz bajo la única razón de que estaba trastornada. ¿Quién es usted para creerse árbitro?

- Debe ser un poco extraño para usted, pero a mí no me quedó más remedio… Y ridículo si le parece que alguien como yo deba embarrarse las manos para mantener el equilibrio, en lugar de dejarlo a usted sin saber quién soy, aún con la idea de que el tiempo no pasa y yo deba andar de eterno niño de redondas nalgas, con arco y flecha, y toda esa alegoría que se inventa el hombre: flechita de plata para querer y de plomo para joder… es mitología, un acto de simplificación de los atemporales monopolios de la información… todo eso lo entiendo. Pero como le tocó a usted también pudo tocarle a un etiope.

- Deje esos comentarios para cuando la policía le pregunte.

- Yo le garantizo que no va a tener problemas.

- ¿Y qué cosa es la garantía? ¿Si la policía no me cree usted va a venir y explicarlo todo? No me haga reír.

- Me niego a perder el tiempo en explicaciones que ya comprenderá cuando pase el tiempo. Si quiere ir a la policía a decir que un viejo le rompió la cabeza luego de matar a su mujer, es su problema. Yo en su lugar iba al hospital y diría cualquier cosa. La gente está dispuesta a creerlo todo. Solo hace falta firmeza, y por supuesto, una buena herida.

Por instinto Aldo Bosch se toca la cabeza y cuando mira su mano se da cuenta de que la tiene empapada de sangre. El viejo pasa a su lado y sale del cuarto. Un rato después Aldo Bosch se pone de pie para ir a la policía. Siente la necesidad de quedar limpio de todo

aquello para no faltar a la cita de la próxima semana. El embarazo va bien pero le gusta ir con ella cada vez que tiene turno médico, además, se lo había prometido, y hay que ver la capacidad de ella para convertir las banalidades en actos sublimes. Ahora es preciso salir rápido de esta situación, y después llamarla como todas las noches, aunque no le diga nada de la policía.

Es buen fisonomista pero poco a poco se borran en su mente los rasgos del viejo, y hasta siente que nada ha ocurrido, sino que su esposa se ha marchado mientras él no estaba. Pese a todo decide ir, pero se desvanece.

LA NOCHE DE MARIO MARTÍN

Seis camas, dispuestas una frente a otra en dos hileras de tres. Personales, una almohada por cada una y sábanas de blanco perfecto bajo las sobrecamas púrpuras. Al costado de la puerta el baño de losas blancas, rectangulares con estrellas grises en las cenefas y una ducha que goteaba sin cesar en una lata de mermelada.

Ya había estado antes en el hotelucho pero las habitaciones que conocía eran solo para hombres, de doce literas alineadas al pasillo estrecho, un albergue largo y una bombilla colgando en el centro. En estas habitaciones estuvo las noches que regresaba de La Habana cuando ya no había posibilidades de llegar a la finca.

Él servicio siempre había sido malo: un custodio lo recibía, él entregaba el carné y doce pesos. Era maquinal: meterse en la habitación sin encender la luz para no molestar a los otros, elegir casi siempre la única cama que a esas horas quedaba vacía y guardar los zapatos bajo la almohada porque uno nunca sabe quién duerme a su lado. Casi todos eran trabajadores de los trenes que por aquella época partían de madrugada, por eso a la mañana siguiente no había nadie cuando despertaba, excepto el custodio con cara de susto por haberse guardado el dinero y cometido la ilegalidad de aceptar gentiles sin ningún tipo de registro. Salir era casi una fuga, todo de apuro antes que llegara el administrador.

La vez de las seis camas, febrero catorce, era más temprano

pero no había posibilidad en ningún sitio con más decoro. Regresaba entonces al hotel ferroviario con el fastidio de tener que hospedarse con su novia en un antro de tan mal talante. Desde el principio supo que en aquel viaje hacia lo desconocido de la ciudad, ciudad de noche y celebración, había algo de incierto y mala providencia, sin embargo, cruzar palabras con el portero del cabaret, sentirse bien atendido le alzó el ánimo ante el capricho de una guajira con ínfulas de conocer los lugares frecuentados por turistas y nacionales solventes.

Cuando entraron al hotel ferroviario el custodio fumaba recostado a la pared del fondo. La camarera anotó la dirección de Martín con cuidado de zurda desacostumbrada al peso de un bolígrafo desechable. Al terminar les preguntó si querían cervezas. Él compró tres y dejó una sobre el mostrador de la carpeta:

- Para que alguien te regale algo el día de los enamorados – le susurró a la camarera. Ella le dio las gracias pero no lo miró.

Mientras el custodio abría la puerta de la habitación recitó los deberes y derechos del cliente. Juliana respondió con un sí que denotaba la autosuficiencia propia de los borrachos por primera vez. Como si todas las noches de su corta vida hubieran transcurrido en hoteles de mala muerte. Había seis camas y eligieron la que estaba al lado del aire acondicionado. El equipo soviético rujió con la furia de cien cosacos y a consecuencia, entre sexo y frío, no pudieron dormir hasta que no se fueron a la última cama.

Media hora después, a las cinco de la mañana, Martín lo sabe con exactitud porque miró el reloj con ayuda de la fosforera, se desligó del abrazo de Juliana y caminó encorvado. Fue hasta la puerta con la ayuda de rozar las camas en línea. Pero no recuerda si fue la sed o los leves toques, en todo caso tenía demasiado sueño y los toques en la puerta parecían los sutiles arañazos de un gato.

La camarera traía en la piel el unto fresco de la madrugada que le hacía parecer más joven. Su mirada de repente torpe se demora en localizar la cama donde Juliana quedó entre sábanas, los dos pasos tras cerciorarse de que estaba dormida. Martín la vio desnudarse como en un espectáculo sin más luz que la del baño ni otra música que el

ronronear del aire acondicionado. Él asumió la escena con timidez. Sintió el crujir del bastidor al fondo y miró a su novia. En la penumbra le pareció verla en la misma posición que la había dejado: bocabajo, con el muslo en el lugar donde él estaba. Recordó entonces que así dormía ella las siestas de mediodía del verano pasado, con el peso de la pierna sobre su barriga. Al parecer no se había movido más allá del espasmo que deja el cambio de temperatura por la ausencia del otro. Quieta, pero no lograba verle los ojos. Sin tiempo para otra cosa la camarera tiró de su brazo hasta llevarlo al baño. Martín balbuceó algo, trató de zafarse, pero al fin, como las mujeres que quieren y no, se dejó conducir donde la ducha goteaba sin cesar. La camarera no le volvió a dar el frente. A Martín le pareció curioso ver cómo ella corría hasta una esquina la lata de mermelada casi llena de agua, apoyaba las manos a una distancia casi exacta de la llave del agua y separaba las piernas: Ven, dijo ella sin mirarlo. La incesante gota caía en a zanja de la columna y el agua entraba entre las nalgas de la mujer abierta de piernas: Ven, repitió ante la duda. Martín se acercó y con la mano extendida corrió el índice por la columna hasta hundirlo entre las nalgas. La mujer se abrió más. El dedo penetró apenas sin esfuerzo, vestido de una baba tibia. Métemela, dijo la mujer. Martín intentó voltearla pero la camarera contrajo los músculos: No, así, dijo ella. La posición dejaba ver el sexo abultado, húmedo y rosáceo, coronando el triángulo de losas blancas entre sus piernas. Sin embargo, las ganas de voltearla prevalecían, ansias de ver la cara que no recordaba a pesar de tener la vaga idea de unas facciones agradables. Verla de frente como siempre había imaginado a las mujeres. Mírame, le dijo. Pero ella se irguió un poco para despegarse de la pared. Mírame tú, respondió y con las dos manos se abrió de nalgas y el triángulo de losas blancas se convirtió en un trapecio. Martín la penetró entonces, con rapidez. Cada embestida iba acompañada de un incremento de los temblores en las piernas. La camarera fue doblando las rodillas y terminó acostada en el piso inmundo del baño donde momentos antes Juliana se había agachado a orinar. El olor de la orina alcanzaba los cincuenta centímetros de alto, pero no se detuvieron.

Fue sexo extraño y triste como de ciervo virgen que sale victorioso y desgarrado de la lucha que provoca el celo en la manada. Martín no logró verle la cara y nunca supo las razones que la llevaron al atrevimiento de irrumpir en su habitación. Suponerla así con todos los clientes era menospreciarse a sí mismo… y eso fue lo que hizo.

Al otro día Juliana se levantó como si nada hubiera sucedido y la camarera ni siquiera lo miró cuando vino a recibir la habitación: ¿Durmieron bien? El desayuno está del carajo, así que les aconsejo que vayan a la cafetería de la terminal. Hablaba mientras recogía las camas con la destreza de una mujer feliz de su trabajo. No pidan pan con jamón, que las rodajas parecen cortadas para papel de servilletas, mejor una tortilla y refresco de frutas naturales. Martín le dio diez pesos de propina, la mujer aceptó como al descuido. No hubo más, ni una sombra de duda en Juliana o la sonrisa cómplice que Martín buscó sin suerte en los labios de la desconocida. Era como si todo hubiera sido soñado. En fin, afuera faltaba sol para hacer valer los buenos días, por eso el custodio no saludó mientras separaba los butacones que le habían servido de cama.

EPIFANÍA VERSUS DIÁLOGO

- ¿Cómo era?
- …
- Claro que no te pido la descripción física.
- Faltara más.
- Por lo menos me puedes decir si era un hombre.
- Ya te dije que era un hombre.
- Sí, mamá, quiero decir si era un hombre viejo o nuevo.
- No sé. Suéltame ya.
- Déjame descansar un poco. ¿Te dijo qué quería?
- Te has pasado quince minutos sentada. Anda, suéltame las manos.
- Hoy vine temprano y te quejas. Dime qué te dijo el hombre.
- ¿Y tú crees que es fácil estar amarrada medio día? Ni agua me dejaste.
- Agua me hacía falta a mí, no sabes cómo está la calle. Este calor no puede ser otra cosa que un castigo de Dios. Ya la gente ni brinda agua. Mira cómo tengo los pies de hinchados.
- Ah, sí, ya te veo.
- Es una expresión. Cuando digo mira no espero que lo hagas.
- Supongo que mi ceguera también es un castigo de Dios. ¿Crees que me quedé ciega de la culpa cuando se murió tu padre?
- Ay, mamá…
- ¿Y no fue suficiente el tiempo que estuve pagándole en vida?
- No me hagas hablar.
- Nada, hija. Suéltame las manos aunque sea.

- Ya voy… ¡Ni en la propia casa se puede descansar!
- La derecha primero, la tengo entumecida.
- Está apretada.
- Tú la apretaste.
- Yo no. Seguro que trataste de soltarte.
- Es que me asusté con los pasos. Me quedé dormida y cuando me di cuenta el hombre estaba casi frente a mí.
- ¿El hombre entró?
- Estuvo sentado ahí, un buen tiempo, sin decir una palabra.
- ¡Santo Dios! ¿Y no se llevó nada?
- No.
- ¿No? ¿Y cómo lo sabes?
- Suéltame las manos, ¿A dónde vas?
- A ver si falta algo.
- Ya te dije que no se llevó nada… Vuelve aquí.
- ¿Qué vas a saber tú, mamá? ¿Cómo entró?
- A lo mejor sabía que yo no iba a poder abrirle.
- Esta casa tiene una sola puerta y me acuerdo de haberla cerrado. Bien me acuerdo, si la llave se trabó y tuve que tirar de ella.
- Pues habrá que arreglarla. Te digo: yo no lo sentí tocar, ni venir. Aquí en el cuarto, por los pasos supe que no eras tú ni nadie conocido. El hombre usaba sandalias y tú te habías ido en tacones.
- ¿En sandalias? Un pordiosero.
- A mí nunca se me olvida el ruido de los zapatos que llevas puestos.
- Es que nunca te gustaron los zapatos de tacón. Por eso te acuerdas.
- Soy ciega y no me queda más remedio que conocer las cosas por el ruido... Y no era un pordiosero. Ven, anda.
- Ya estoy aquí, no tienes que gritar.
- Disculpa, hija.
- Te diste cuenta, me quité los tacones porque me dolían los pies y ya no me sientes. Sabrá Dios lo que pudo hacer ese hombre. ¿Qué quería?
- Vino a zafarme.

- ¡Mamá!
- Pero yo no lo dejé.
- ¿A quién le has dicho que yo te dejo amarrada cuando salgo?
- A nadie, hija. No te molestes.
- ¿Se lo dijiste al médico?
- No, hija. Cuando el médico tú no te moviste de aquí.
- ¿Al panadero?
- La que está gritando ahora eres tú. Después no digas…
- Se lo dijiste al viejo aquel. Él que te visitó la semana pasada.
- No, hija. Te lo juro…
- Ese viejo no me gusta… No quiero que te visite.
- Si Anselmo se fue contento contigo.
- ¿También fue novio tuyo?... No, no quiero saber.
- …
- ¿Y qué derecho tiene él para juzgarme? Además, no hay motivos para quejarse de la forma en que yo te cuido.
- Nadie ha dicho nada.
- Hasta ahora te he cuidado sola. Ni ese Anselmo, ni nadie me ha dado un peso para ayudarte.
- Él me dijo que te iba a dar dinero.
- No me dio nada. Ni quiero… ¿Qué hubiera pensado papá de tu amistad con ese viejo?
- Deja al difunto en paz. Ya sufrió bastante.
- Y luego hablas de castigo. El Señor sabe lo que hace.
- Si lo dices por Anselmo, estás equivocada. Él no tuvo que ver con aquello. Tu padre y él eran amigos.
- ¡Amigos! El otro también. Uña y carne, y mira cómo terminó todo.
- Jamás se propasó conmigo.
- Ah, no. ¿Y por qué te visita ahora?
- Tú sabes cómo son los viejos. Se ponen sentimentales… pero te juro que no le he dicho que me dejas amarrada. Eso no se lo he dicho a nadie. Te lo juro.
- No me importa lo que digas. Lo hago por tu bien. Dios sabe que es así.

- Hablando de Dios. ¿Cómo te fue hoy?

- Regular…

- Desamárrame mientras me cuentas.

- Está bien. Te decía que me fue regular por la bajada. Pero acá, en el pueblo ya nadie quiere creer.

- Tienes que insistir, hija. Si eso es lo que quieres.

- Tengo, tengo. No sé qué sabrás tú de predicar. Tú nunca fuiste muy creyente.

- Y para qué tú veas, el hombre sí.

- No me vayas a decir: un predicador. Sería el colmo…

- Te digo que creía porque me hablaba de esas cosas. Pero muy filósofo, no como un predicador.

- No podía ser un predicador. Nosotros entramos a las casas cuando nos invitan. No nos aprovechamos de una pobre vieja ciega.

- Y amarrada.

- Llevamos la palabra de Dios, tú lo sabes. Le hablamos a la gente del reino de los cielos y la gente ni un vaso de agua nos da. No se dan cuenta de que el calor es un síntoma del fin. Tengo que poner a congelar un pomo, para mañana. Me lo acuerdas.

- ¿A dónde vas? Te falta zafarme los pies.

- ¿Para qué el apuro si tú no puedes caminar sola? Voy a tomar agua, ¿quieres?

- No, el hombre me trajo.

- El hombre, el hombre, anduvo en el refrigerador. ¿qué quería por fin?

- Ya te dije: zafarme, pero yo no lo dejé.

- ¿Te habló de Dios?

- ¿De Dios?

- No me dijiste que hablaba de religión.

- Pero no de Dios.

- Hay cada gente ignorante. ¿Cómo se puede hablar de religión sin mencionar al Señor?

- Ah, yo no sé… Es que no era de religión propiamente. Me habló del mundo en general, de las cosas y la gente.

- ¿Era un santero?

- No te alteres.
- Respóndeme… Ese tipo de gente no puede entrar a esta casa.
- No sé, no sé.
- ¿Le habrá echado algo a la comida, o al agua? Hay que revisarlo todo, que botar toda la comida y el agua. ¿Té preguntó algo más?
- Me preguntó qué yo pensaba de estar amarrada aquí mientras tú andabas en la calle.
- Sabes que voy a predicar.
- Él también lo sabía. Me dijo que estaba mal.
- ¿Entonces era alguien de asistencia social? Se meten en todo.
- Me preguntó si había ido al médico… que a lo mejor mi ceguera tenía cura.
- Y tú no le dijiste que para ir al médico hay que desatender muchas cosas, que no es tan fácil… turnos y turnos por meses para que después no tengas cura.
- Eso le dije yo.
- ¿Y qué te dijo?
- …
- ¿Te tomó los datos?
- Qué va a tomar si lo sabía todo.
- ¡Y ahora te ríes!
- Sí, pero más me reí con él porque me recordó cosas que ya a mí se me habían olvidado.
- Entonces tuvo que ser Anselmo. Ese viejo lo envió, o cómo iba a saber tantas cosas.
- No fue Anselmo, hija. Ese hombre sabía cosas, como si las hubiera vivido él mismo.
- Porque Anselmo le contó de ti. Sabrá Dios las cosas que le habrá dicho, y de mí, y de papá. Uno esconde las vergüenzas y cree que todo murió con los años, pero siempre hay alguien que se acuerda, y entonces la gente habla. Por eso me hice predicadora. Dios sabe que estoy pagando mis pecados y los tuyos.
- Es que eran cosas de cuando yo era niña.
- ¿Entonces era viejo?
- Oh, sí. Por lo que contaba, pero la voz era de hombre joven.

- ¿Te dijo el nombre? Hay que avisar a la policía.

- Qué policía… No, no me dijo el nombre. Pero a cada rato me decía mamá. Y yo sé que era a propósito… tú sabes, yo siempre quise tener un varón.

- Si uno pudiera elegir, eh.

- No grites.

- Papá si pudo. Pero se quedó contigo.

- Eso me dijo el hombre. Él sabía que tu padre también me amarraba.

- No te digo, fue ese viejo. ¡Hijo de…!

- No, aunque…

- Papá fue uno de los hombres más infelices que he conocido. Por tu culpa.

- Por favor, no grites más.

- Tú lo ayudaste a morir. Y si no te amarra lo habrías matado antes.

- Nunca le hice daño a tu papá.

- No me hagas hablar.

- Lo que quiero es que me oigas, deja ya de gritar.

- Fuiste capaz de traicionarlo aquí mismo, y papá… era tan bueno.

- Yo quería irme.

- Claro. Qué remedio te quedaba. Pero era tan bueno que prefirió conservar el matrimonio, aunque fuera a la fuerza… Otro hombre no te hubiera perdonado.

- Záfame el pie, anda, quiero ir al baño.

- No puedes tener ganas. Yo nunca regreso tan temprano.

- Quiero ir. Te vi y me entraron ganas. Es sicológico.

- Y el hombre, ¿te dijo si volvía?

- Pues claro. Me dijo que me iba a arreglar la vista.

- No te digo, hay que llamar a la policía.

- ¿Para qué?

- Ese hombre. Va a esperar que yo no esté… No te das cuenta de que es un brujo.

- O un loco. A lo mejor no vuelve.

- Va a volver, ellos son así: vienen una y otra vez hasta que te

convencen.

- Bueno, hija, al fin eso es lo que hacen ustedes los predicadores.
- No es lo mismo.
- Pero no me grites, hija. Soy ciega no sorda.
- Esa gente de asistencia social, por quitarle a una la pensión son capaces de hacer milagros.
- Por fin, ¿era de asistencia social o un brujo?
- Qué sé yo.
- Era un hombre bueno.
- Ah, un filántropo.
- Por lo menos me hizo reír. Ojalá viniera siempre.
- Mira, mamá. Yo sé que te aburres, pero tiene que ser así. Dios entiende todo esto. Él nos va a ayudar.
- Te ayudará a ti. Yo no hago más que estar sentada… Esperar.
- ¿Y el aparecido si te va a resolver?
- Záfame, anda.
- Pega el pie a la silla.
- Tengo la pierna hinchada.
- Aguanta un poco
- ¡Ay!
- Aguanta, coño.
- ¿Qué es esto?
- ¿Te duele? Eso te pasa por moverte. La soga te ha quemado el tobillo.
- Es por el calor…
- Milagro el hombre no te curó. Eso es más fácil que la ceguera.
- El hombre me dijo que iba a venir cuando tú estuvieras aquí. Y me iba a curar.
- Ya está. Voy a ponerte algo en la quemadura.
- Justo cuando me soltaras. Eso dijo.
- ¿Quién, el hombre? Bueno, ya estás suelta. Ya puede venir. Voy a ponerte algo, sino mañana no te voy a poder amarrar esa pierna.
- El hombre dijo que iba a poder ver. Hoy mismo.
- Ahora vengo.
- …

- ¿Qué te pasa? Estás llorando.

- …

- Te duele la pierna… No, es que te vas a poner sentimental. Cómo siempre.

- Están tocando.

- ¿Sí? Ah, se me olvidaba que oyes tan bien. Ya voy.

- No grites tanto, hija. Es de mala educación.

- Te advierto que si es Anselmo no lo voy a dejar entrar.

- Es el hombre que vino cuando tú no estabas. No oyes cómo arrastra las sandalias para limpiarlas. Es educado, ahora toca porque sabe que tú estás aquí y le puedes abrir.

- No te hagas ilusiones con lo que te dijo ese hombre. No llores más.

- Si yo no estoy llorando, hija. A lo mejor es como las ganas de ir al baño cuando sé que tú vienes: algo sicológico… Es que de repente me molesta la luz.

VARIACIONES DEL INCENDIO

Ellos corren en dirección contraria al viento: los rezagados por la carga, los descreídos, los rencos, los subnormales…; los jinetes con antorchas parten a galope por las calles que nacen en la plaza, van con el propósito de recomenzar el fuego en los barrios donde el viento impidió el avance de las primeras llamas. Vicente Villamil los ve difuminarse entre la humareda y luego, aunque tarde, grita para oponerse a la orden de quemar la ciudad. ¡Reducir a cenizas!, repite las palabras del instigador… ¿Se han vuelto locos?... Hay que aceptar con serenidad lo inevitable… Si viene el ejército, bueno, a joderse. Mientras esté ahí el monte para huir, que se queden con la ciudad. No se dejen convencer, porque supongo que no todo el mundo está de acuerdo… Nadie dice nada. Vicente Villamil comprende que su voz no existe para los que corren… Ni siquiera van a resolverlo con una votación. ¿No me oyen? No duden que tanto heroísmo llene un corto párrafo en los libros de historia. Que esta ciudad chamuscada parezca al cabo del tiempo homogénea, rodeada de palabras heroicas, mientras pocos se detengan a pensar en el valor que se necesita para una decisión así.

Pero los insurgentes arengan y la turba corea con una euforia incomprensible para él: ¿Dónde carajo van a vivir?, grita, y la pregunta se diluye bajo el efecto de algo semejante a un alucinógeno que le impide oírse a sí mismo; mientras, sigue escuchando los golpes que vienen de menos a más como disparos o galope que cruzara a su lado. En la plaza de Bayamo el humo forma remolinos y las lenguas de fuego tuercen la trayectoria de los alisios correntones de enero. Prenden candela a la iglesia, algún carbonario de nuevo tipo blande la

tea y ríe, el calicanto de las casas contiguas revienta y el cura da alaridos que diezman su gracia secular.

Vicente Villamil lo escucha, su voz sobre las otras voces como si los bayameses forzaran el silencio ante la queja autoritaria: ¿Qué hacen? Y le parece que el cura fija la mirada en él antes de apilar las imágenes de los santos sobre el lomo de la Impaciente: Quieta mula, acuérdate de San Francisco, del hijo de Dios cuando entró en Jerusalén. Vicente Villamil no puede medir la distancia, pero entre el carboncillo que flota, huele el sudor de la mula. Y el cura rocía las imágenes haciendo cruces instintivas, agua sin bendecir, turbia de ranas e inmundicias y sin intenciones de ablución, para evitar que las astillas incendien los despojos de seda que cubren las vergüenzas del Cristo: ¿Qué hace, padre? No hay tiempo, grita el caballero que se detiene para recoger los trapos que rozaban las ruedas del carromato.

El tipo está vestido de verde y Vicente Villamil concibe alguna familiaridad en el singular parecido a su abuelo Pedro. Madre de Dios, dice el tipo, aprieta las manos a la altura del pecho y entonces Vicente Villamil sabe que no, su abuelo insurgente enarbolaría una tea sin tomarse el trabajo de creer aunque fuera un momento, en la madre que lo parió; su abuelo, Pedro Villamil de Suárez, el suicida del barrio, pendular en la soga de la solera del baño… Que Vicente recuerde, él nunca mencionó a Dios.

Son los revoltosos del himno a caballo, dice el hombre de verde y arrastra al cura fuera de la sombra del campanario, los que gritan contra la Madre Patria: Carlos Manuel de Céspedes, Vicente Aguilera y Palma: tan buen poeta y ya ve usted, padre, también contra España en este pedazo de isla que Dios comenzó a olvidar cuando se repugnó de azúcar. No blasfeme, carajo, dice el cura y se zafa del hombre que pretende arrastrarlo hacia la plaza. Es culpa de los negros… No padre, culpa del mismísimo Satanás que es cosa prieta también. Nadie se acuerda de la última serenata que cantó algún mozo en esta ciudad, otrora refugio del pacifismo. Ni importa para cuando lleguen los del regimiento del conde Balmaseda… Ya van a ver, hasta Canducha, la hija de Figueredo, el que compone himnos separatistas para que su

niña los cante, ella, que se dice abanderada cuando aún es muy chica para pensar con la cabeza…

La bayamesa es un himno, no, es una canción de amor… El cura ajado se vuelve al campanario que repica sin su consentimiento. Puta Apocalipsis siglo y medio adelantada y un olvido imperdonable, ha dejado la imagen de la madre de Dios. No la oficial, sino la propia, la de filigranas de oropel como rayos de luz. La Virgen del Pilar que se trajo de Zaragoza. Pero no hay tiempo, menos cuando el tipo vestido de verde le corta el impulso. No, no padre. Dios… las manos del cura rebotan en el rostro del hombre.

Usted también padre ¡Cálmese! Usted debería arrimar su carreta al camino. Ya regresará, quizá un mes, hasta que el conde de Balmaseda entre en cintura a la chusma y se borre el hollín de las fachadas. Cuando haya ciudad, el cura repite el histrionismo de su mejor sermón, que en esta las gallinas alborotan en los tejados. Las que sobrevivan verán cómo hierve en la cañería la sangre de sus compañeras. Y los tejados se desploman por el peso de la ingratitud y por los alfarjes hechos de malas vergas. El cura escupió antes de continuar: Esta ciudad arde como la Roma de Nerón.

Y Vicente Villamil respira por última vez el aire percudido, se revuelve en la colchoneta que le han extendido en el piso de la escuela. Abre los ojos con el sobresalto de evitar las vigas que parecen caer del techo y palpa su cara pegajosa de la baba que le ha corrido por el mentón.

Luego de la falsa alarma Vicente Villamil vuelve a su modorra y gira como si intentara exorcizar imágenes catapultadas hacia lo conciente. Alza la cabeza hasta donde corre el aire por un ventilador que alguien logró salvar cuando se quemó el edificio. Ya nadie llora ni están los compañeros del Poder Popular que profetizaban una pronta solución para los evacuados; ni la policía que interrogaba a diestra y siniestra para averiguar quién había provocado el corto circuito, o si el balón de gas medio abierto estaba allí por casualidad o sabotaje. Cerca de la puerta una mujer parece rezar y el murmullo dulce contrapuntea con los ronquidos de dos o tres tipos que… ¿Parecen caballos al

galope o descargas de fusil? Vicente Villamil ahora lo sabe: era un edificio viejo y merecía desocupar el paisaje, pero estos no son buenos compañeros para dormir.

EL ESPÍRITU CAUTIVO

…espíritu cautivo,
Éste, por mi intermedio, te pregunta,
Al acoger tu ruego compasivo,

Que, pues que tu alma doble ser asunta,
Si, libre de nudosas ataduras,
Puede volar del tronco a que se junta

Dante.

Solía ser ingeniero agrónomo… Hoy, si tuviera manos podría escribirle a mi Flor y extenderme en la nomenclatura de los árboles que me rodean. A ella le gustan las plantas, los espacios abiertos, el aire puro. Sería incluso la carta alegre de un emigrado, aunque la descripción de paisajes estáticos, olvidada ya, tiene un carácter eufemístico, o si se quiere de reposo, imposible cuando me han

sucedido tantas cosas.

Podría escribirle a mi Flor que al llegar fui juzgado entre muchos. Un semicírculo de culpables, y el juez se corrió hacia la sombra y ya no estaba, la punta de su cola aleteó tras la última vuelta alrededor del cuerpo: apenas dos vueltas para una injusticia que al principio no comprendí. Su voz pareció un eco lejano y a la vez categórico, gutural y tajante como si las palabras provinieran de la gruta a sus espaldas: Ni apelación ni regreso condicional, respondió a mi súplica, que me imagino, le haya parecido uno más de los ruegos que se levantaban en el semicírculo de los penitentes. A mi lado las emanaciones con forma humana se confundían con otras como el plasma de una turba hambrienta… y yo también.

Cómo creer, Flor, que estar aquí no es desandar el sufrimiento ni la consecuencia de leyes naturales. Se nos asigna demasiado tiempo este sitio para que puedan importar el dolor pasajero o la finitud de una vida. Morir es el descubrimiento de la identidad entre la palabra y la acción. Vivir es negar la identidad, y lo hacemos más por el cálculo estadístico que por una conclusión teórica. En esa ingenuidad vive el mundo. Creer es posponer la vida para otro momento.

Ejemplo: quince días antes de mi partida tuvimos aquella discusión y luego caminaste despacio a pesar de tu mal genio y la prisa de alcanzar el tren. Al menos hasta la mitad de la calle fuiste con la esperanza de que yo te suplicara, o tal vez esperabas un portazo, ¿no es cierto? Al principio pensé que no te irías, tu lentitud era como el aleteo de un pájaro herido de muerte: un gesto inútil pero inevitable. Sin embargo, intentar hablarte solo devendría en más prisa. Nunca pudimos superar esa explosión de mal genio donde ninguna palabra servía para lograr algo de ti. (Recordemos que es un problema de identidad entre palabra y acción) Pero tuve pena y hablé, y no solo fui cursi al decirte, entre otras cosas, que era la última vez… tú hiciste como si no escucharas y quince días después lo dicho se convirtió con mi muerte en una realidad irreversible, un enunciado desde la pasión, sin el propósito de subscribirse como una profecía.

Terrible desenlace, sin saber que ya yo estaba enfermo de esa

identidad entre la palabra y la acción. Amén de que te predispuse para lo que en este futuro estés pensando de mí. Decir que era la última vez, pasó de expresión manida a hecho irrefutable.

Presa de esta identidad son las palabras de todos, acá es así. Pero nada exaspera mi tímida metáfora ante las palabras de él: Tú alma vegetará, dijo el juez y me pareció poético, eres el árbol viril de los aztecas. Y es que el mundo se encarga de separar las palabras y los actos, allá, por eso nos pierden las costumbres. Yo, que aún no me acostumbro, luego conocí lo literal del enunciado… Una injusticia.

Ahora creo –me lo confirmaron en la vista oral (interesante denominación)- que hay indicios en la vida diaria, donde el pensamiento escatológico es, para usar la jerga de los abogados, circunstancial. Antes de venir, la última vez que regresé del trabajo, había mucha gente en el cementerio, un grupo de curiosos frente al camposanto miraban un sepelio extraño. Pregunté y me dijeron que había muerto un general, alguien importante que a lo mejor por estrategias de Estado se pospondría la noticia para un momento oportuno. Me apunté a los curiosos; mas cuando quise saber el nombre solo conseguí momentos, imágenes de la ceremonia: una banda de música, un armón ceremonial y el hecho categórico de no haber familiares: ellos siempre tienen un aura, un círculo de amigos, y en este caso la gente se encontraban separadas, como los polluelos en las horas calurosas. Antes había escuchado las salvas, justo cuando Eulalio Fuentes y yo nos detuvimos frente al cementerio. Y era de esperar aquella ceremonia, pero tenemos la costumbre de prácticas de guerra, y se anuncian, pero yo nunca me entero.

El juez se extraña de que no haya escrito una carta postrera. No va con mi sicología, dice. Allá se sabe que no dejé nota y también debe sorprender a los amigos, a la misma Flor, aliviada de reproches. Por otra parte, ¿quién podría dilucidar la importancia de todo aquello? Cerca del gentío pensé en la muerte y en el difunto, en el poco luto de la ceremonia informal: Sola vaya, cantó una niña, los autos disminuían la velocidad al pasar y se arrimó un carromato lleno de curiosos; luego pensé más, cuando un sepulturero dijo el nombre y

algunos datos del difunto. Una pausa, un murmullo de decepción antes que auriga y caballo se pusieran en movimiento. Abandonaron la pasión de ser testigos porque faltaba el ingrediente de la inmediatez, y un compromiso con el pasado es otra deuda más, ¿quién quiere eso? Solo los literatos y los demagogos. Luego, hubo un alivio, un desgano, en los que se enteraban y se iban porque este muerto dejó de ser conmoción cuando la noticia tiempo ha vino desde España… Y para qué el armón si no era un general y sí Don Luis Juan Lorenzo de Clouet de Piette, Conde de Fernandina, Brigadier de Infantería, Caballero Cruz y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, Comendador de la de Isabel la Católica, Fundador y Gobernador Político y Militar, por su Majestad, de esta, la Colonia Fernandina de Jagua y su Jurisdicción, etc. El fundador de la ciudad, y un entierro atrasado por ciento y tantos años. Aquellos restos vinieron de Madrid. Por casi medio siglo habían pernoctado en seculares recintos como el Sindicato de Cultura, la bóveda del banco, la catedral, el almacén del museo, como si el espíritu inestable del Fundador, cautivo y convertido en polvo, quisiera estar al tanto de su legado, influir en el que ve la caja con los huesos y las banderitas de España, el vivo que por un momento adivina su propio polvo: vivir muerto entre los muchos que ya no lo conocían… Una pretensión impotente, así son los legados. La impronta en un par de generaciones y si se es principal, una anotación, un gesto sensato de la historia.

Fue un entierro extraño el de De Clouet, por el tiempo pasado, y aún más porque nadie lloró. Ni siquiera se dijo el motivo de la muerte, tal vez a tanto tiempo las causas terminales ya son modernas y las otras incomprensibles o es que un muerto se priva de humanidad cuando ya no viven quienes lo conocieron. Si pudiera hacer testimonio de lo que sigue, y de cualquier forma vivió este hombre, fundó una ciudad ¿habrá tenido miedo de Clouet al último momento? Les da ventaja la religión a los creyentes. O no es eso lo terrible y sí que, como los arquitectos, la gente cree poder llegar más alto, o lejos, o profundo; con los Piccard, de la estratosfera a Las Marianas.

Y Flor, ¿también creerá, como el juez, que mi sicología fue

alterada hasta el punto de no dejarle una nota? Sí, seguro: ¡La Última Voluntad! Eso hay que escribirlo. Si no estuviera acá por error, de seguro habría escrito, pero son tantas las variantes de lo que va a suceder, y quién iba a pensar que el arma estaba cargada… Por otra parte, en esa carta utópica que supongo aún buscan, habría un trecho entre la primera palabra y mi firma que a ella le costaría trabajo recorrer. Mi carta apenas ojeada terminaría en el escaparate con sus libros, bajo la promesa de una lectura, tal vez el próximo año. Y tampoco me creería en esa supuesta carta, llena de frases propias de la desesperación ante una serie de hechos más o menos trágicos… Recuérdame, a nadie quise como a ti. Y ella iba a reír, tal vez no ahora, porque sin dudas sentiría mi desventura como suya, pero es fijo que el próximo año, al repasar la carta, ya se haya olvidado un poco de su culpa y otras preocupaciones le llenen la cabeza, tal vez otro hombre; aunque supongo que le pase como a mí, que unas veces creo y otras no.

De cualquier forma, no puedo escribir sobre el juez Y yo -conste que digo yo pese a que en lenguaje moderno no existe la identidad con el alma, hablamos en una primera persona fisiológica-… yo, esencia recién estrenada, frente al monstruo juez, impertérrito, en su urna y con medio cuerpo en la sombra. Él, sin rectificar la naturaleza de mi pecado, a pesar de mis protestas. Me dijo que no, como quien dice escribe a España que te mató un toro. Solo que esta vez la fiera de lidia portaba un Smith & Wesson, y la fiera era yo mismo o habitaba dentro de mí… qué importa.

El revólver, manoseado como una mujerzuela que se alternan cada noche los agentes de seguridad de la empresa donde trabajaba Eulalio Fuentes. Y él, fanfarrón, luego de recogerme frente al jardín botánico, me enseñó el revólver con orgullo de gente con tamaña responsabilidad en su guantera… pobre Eulalio, pobre compañero Fuentes, recién asomado al ataúd, envuelto en la mórbida pena que le causa mi cara plácida, dormida, y tal vez el escote de mi Flor, de vez en cuando corrigiendo la montura torcida de sus espejuelos, expiando su culpa de “Quién iba a saber”

Ahora una selva ecléctica comienza a mis pies y, sin embargo, debo estar cerca de un pueblo, la naturaleza luce corrompida por el presentimiento humano. No hay animales, ni siquiera insectos que propicien la reproducción de las plantas, como si una ley de castidad prohibiera el lascivo tráfico de polen. La vida viene de allá. No hay caminos en la maleza aunque se piense a veces que bien pudiera el hombre deambular entre los pinos sin molestar. No es selva virgen pues las relaciones con la fecundidad son nulas. Aquí la naturaleza mata en vez de alimentar, los árboles no dan frutos y las plantas de flores no son más que yerba. Un cerezo entre los tantos debe ser Mishima, y el roble Hemingway, tal vez Getulio Vargas el palo brasil rojizo…

Aquí vendrás, Flor, me lo dijo el juez, que se sabe todos los destinos y se muestra tan hastiado de saber que cualquier duda le resulta una joya preciosa. Es fijo que vendrás a tan aburrido lugar, y abigarrado, sin forma de saber cuál de las briznas sin flor se llama Alfonsina. Un anonimato necesario y democrático. Aunque pudieron hacerse cambios si desde el principio se hubiera pensado la disposición de las especies. Soy ingeniero agrónomo, que es bastante cercano a un jardinero cuando se ha trabajado veinte años en un jardín botánico.

Y ese tiempo que no es nada, comienza a no valer la triste circunstancia de hallarme frente al trabajo aquel día, cuando Eulalio decidió recogerme y alardear con el Smith & Wesson que algún guardia de seguridad, de repente enfermo, le entregó en el hospital porque se lo había quedado sin darse cuenta de su gravedad. Al fin lo ingresaron y Eulalio tuvo que ir al hospital para recoger el arma, eso me dijo luego de ponerlo en la guantera para repetir el acto de cualquier película. Quince días luego de que Flor me dejara, ¿otra señal escatológica? Un revólver a mano y todo el mundo, incluyendo Eulalio Fuentes que trata de disimular con el tráfico y pone música, y me invita a unos tragos en su casa, imagina consecuencias trágicas de mi desgano. Una injusticia, porque yo sólo me siento un poco mal del estómago y tal vez, extrañado por la ausencia, la tuya, Flor,

prolongada más de lo acostumbrado tras una discusión intrascendente.

Siempre fue así, ella se iba y regresaba con su costumbre de no permanecer mucho tiempo en ningún lugar. Nerviosa e insegura, a veces tan melancólica por culpa de la inconformidad con los espacios, se echaba a llorar sin una razón aparente y luego a reír, como una loca encantadora que apenas se reconcilia y sale a caminar porque ya no se acuerda del barrio o tiene cuentas pendientes con la peluquera. En ese comportamiento se hallaba el secreto de mi certeza, pues yo la consolaba, al menos por un tiempo, como consuela una mala ración. Aquel día yo regresaba con la esperanza de encontrarla en casa. Sin palabras, como si nunca se hubiera marchado. Pero por dignidad no se lo dije a Eulalio y, ¿habría servido de algo? Mi mano tal vez, detenida en el reflejo de abrir la guantera cuando él se bajó a comprar la botella de ron. O quizá mi gesto poco amable de no querer caminar hasta la tienda se convirtió en una sentencia. Dios lo sabe, y el juez también.

Crucé el limbo ¿podría decir que era un día lluvioso? A lo mejor siempre es así. En todo lugar del infierno se respira el aire caliente de lo eterno. Si en el limbo se aglomeran los cúmulos es porque siempre han estado allí. En lo social parece una turba de desocupados a la espera de que abran la puerta de una fábrica y aparezca el capataz con las manos llenas de muchos y diversos trabajos. Pero el capataz nunca llega, ni ellos recuerdan hacer otra cosa que manualidades sencillas. Tanta gente de disímiles culturas, hasta los ateos contentos al fin porque existe algo y eso, aunque niegue, es mejor que nada… el limbo es el último tour de la vida, dijo alguien para calmar el ánimo de algún literato animoso de encontrar las palabras antes leídas por Dante: “Abandonad toda esperanza”, ya ilegibles bajo los trazos de tantos que han puesto su firma en el cartel de la entrada. Un recorrido por lo que fue el mundo, con cavernícolas y griegos que se visten con pudor fingido, a la manera de los que como a mí ven pasar la frontera del segundo círculo. De cierta forma, aunque a nosotros se nos torture, tenemos la ventaja de cruzar la frontera que ellos no pueden

Es lógico que una carta desde aquí, si no fuera tomada por un chiste de mal gusto, significara un alivio para Eulalio, Flor y los otros. Ella dejaría de culparse, como me dijo el juez que debe estar haciendo. Y al pobre Eulalio le aliviaría la conciencia no importa cuántos años le hayan echado por el acto negligente de dejarme solo con el arma en el auto. Al fin, ellos no tienen la culpa, y yo sólo un poco.

Sí, lo recuerdo: Eulalio demora y yo contemplo el revólver entre mis manos mientras experimento por primera vez la subyugación de este artificio. Hierro negro… algo me obliga a sopesarlo, a mirar sobre la línea del cañón, a poner el índice en el breve espacio donde se presiona el gatillo, sentir que se puede presionar un poco sin que nada suceda. Luego se posa la mosca en mi sien y yo hago una pirueta para espantarla con el cañón. Apenas una milésima de dolor después del disparo. Aunque el juez, en su manía de repartir castigos haya optado por no complicarse en cuestiones burocráticas, así se puede comportar la imprudencia y ser confundido con un suicida romántico. Ser estúpido para unos y decoroso para otros… Y Flor, tal vez cuando sus piececitos ya no puedan moverse calle arriba, encontrará la forma de morir sin mucho dolor, porque es cobarde, pero la sicología de perversidades flota como niebla sobre ella, me lo dijo el juez, aunque no me adelantó cuándo ni qué planta sería en este círculo de suicidas, casi un club, donde cada uno tiene que conformarse con la decisión irrevocable de este tipo, Minos, que al menos le gusta el endemismo a la hora de escoger y no tiene preferencias con nadie. A veces imagino que la eternidad nos hace parecernos un poco a él, que los ciclos son necesarios a la condición humana. Por lo pronto es inútil pensar que ella elevará su tronco en cualquier parte, a una hora cualquiera, y yo no podré saber. Pero si se lo escribo, si se pudiera sin manos, papel ni cartero, no iba a hacer confianza en las palabras, que ya dije, suelen allá ir separadas de los hechos. Además, cómo firmar “Tu Persea Americana” “Tú aguacate”. Acá todo es fotosíntesis y eso sí, al menos la alegría de una tierra fértil.

Juro que no quería suicidarme. Esa la tarde volvía del trabajo

cuando pensé en la muerte, pero no fue una premonición sino un acto simpático. Como todos los días laborables pasé frente al cementerio y, a lo mejor funcionó una perniciosa influencia, debí haberlo comentado con el juez ¿debí? Y lo de la mosca. Al menos resumo que los juicios siempre quedan inconclusos para los castigados, aun en el último –este mío- es motivo de inconformidad lo poco romano de la ceremonia. No hay mucho que decir: ellos lo saben todo y se aburren y como castigo primero te miran sin curiosidad. No, no vale la pena matarse si se va a pasar desapercibido ante los que velan el paso del limbo al segundo círculo, donde los suicidas se convierten en árboles. Ni siquiera un cartel informa, nada dice welcome to the second circle, con lo que le va el neón a tanta lobreguez…

LAS MUSARAÑAS

Al fin el último revolcón y ya estaba de pie junto a la cama, despierto gracias al mecanismo de seguridad que uno guarda para el día en que no suena el reloj, debía ser así luego de esperar el cántico de alarma por casi media hora; sin embargo, la oscuridad autorizaba a pensar que había dormido en cualquier parte. Podría estar en otra habitación, en otra casa e incluso en el país de un mundo distinto. Caminó a tientas y sus manos trataron de localizar la pared, pero fue en vano, una serie de pequeños obstáculos y errores de cálculos. Marcial comprendió que, si era su habitación y por el tramo recorrido, debía encontrarse en el pasillo. Un paso lateral y en efecto, ahí estaba la puerta entreabierta. Trató de encontrar el interruptor pero al cabo de varios intentos fallidos optó por seguir la pared hasta el sitio donde las persianas daban un poco de la luz del alumbrado público. Comoquiera, no tuvo en cuenta el tamaño de sus pasos y al entrar en la sala chocó con el librero.

Sintió el estremecimiento de la madera vieja, el silbido de las revistas al deslizarse y el tableteo de cada una contra el piso. Se apretó la pierna con las dos manos, un par de minutos hasta que disminuyó el dolor del filo del mueble en la rodilla. Comprendió que habría sido mejor encender la luz siguiendo la pared opuesta. Cojeó hasta la mesa del comedor amparado en las persianas y las fosforescencias del reloj colocado sobre el medio punto. Anduvo a tientas hasta alcanzar el interruptor. Cuando hubo luz y la casa volvió a ser suya, se apretó los

ojos y miró el entorno. Todas las revistas habían caído y formaban una pila cónica frente al librero. Volvió la vista a la pared contraria. La mirada severa en el cuadro de su madre muerta parecía reprocharle algo, exigía recoger de inmediato aquel desorden.

Se agachó junto al librero. La primera revista, abierta en las páginas centrales, mostraba la foto de una mujer vestida de negro, cantando sobre un escenario poco iluminado. La sonrisa moderada, casi sabia, y los ojos, pasados de quedar fijos entre las siluetas medio ladeadas de un público exiguo. Marcial estornudó por el polvillo que desprendían las revistas, se limpió los mocos con el dorso de la mano y acercó a sus ojos la imagen de aquella mujer que parecía mirarlo a través del tiempo, detenida por el lente en el gesto nada tropical de quitarse un guante. Leyó varias veces el nombre de Rita Hayworth escrito con letras rojas en el pie de foto, después giró hasta encontrar la reflexión correcta. La imaginó desnuda y no pudo evitar devolverle la sonrisa. Entonces tocaron. Se puso de pie y dejó caer la revista sobre la mesa. Verónica había dicho nunca más, pero tuvo esperanzas de que fuera ella, y la imaginó en el portal con la mirada esquiva y la sonrisa nerviosa, que nace, que muere, como en la tarde que se hicieron novios.

Al abrir vio a la mujer, dispersos los contornos del cuerpo desnudo por culpa del alumbrado público, una mano en el pelo y la otra con el gesto cortado de volver a tocar la puerta. Sonreía como pretendiendo sorprender… apenas un segundo, luego el primer paso. Marcial siguió las reglas del pudor y la vista se le resbaló por la pierna de la mujer, allá abajo las uñas color grana, justo en la línea del umbral, donde el piso se había decolorado con el sol que por las tardes torturaba el portal. Así ella, pálida en los lugares quizá ayer cubiertos por las modas de playa de los años cuarenta. Él desechó la idea de que escapara a un ultraje. Tenía los ojos vivos, las manos tranquilas, ninguna droga la justificaba de aparecerse desnuda ante un desconocido… Una loca, pensó al tiempo que procuraba mirar más allá de la mujer, pero la calle estaba desierta, como si hubiera calculado mal la hora y fuera apenas el principio de la madrugada y

todavía no pasaba la cuadrilla de borrachos. Ella se quedó inmóvil, con la pierna avanzada hacia el rectángulo de la puerta, impúdica, sin pensar siquiera esconderse tras la sombra de los rosales o cubrirse los senos con las manos. Y más impúdica en sus ojos que no protestaban, sino que eran como invitación a contemplarla. Nadie se parecía a ella, excepto la mujer de la foto en la revista. Entonces una interjección de Marcial, como una muletilla para la frase que nunca llegó, su intento de cerrar que solo produjo un aleteo trunco al chocar la puerta contra su propio pie. Luego sentir el roce de los pezones en el pecho y el olor a almendras del pelo y un susurro grave cerca del oído: ¿Me permite, caballero? El ademán de empujarlo sin fuerza por los hombros y verla caminar sin prisa hacia el fondo de la habitación.

Marcial la siguió, confundido entre la certeza del sexo y el placer hipócrita de los alienados. Ella entró en el cuarto, sin volverse, sin la fútil equivocación al elegir entre continuar hasta la cocina o torcer el rumbo por el camino que conducía a la cama. Cuando Marcial la alcanzó yacía con los codos apoyados sobre la almohada y se arreglaba el pelo. La mujer, al verlo, se cubrió las caderas con la sábana y se quedó quieta, como si por fin pensara. Era un alivio la mujer inmóvil, pero también especuló que si al fin de su locura, no se acordaba de cómo había llegado hasta su cama, entonces lo podría culpar y la cosa sería peor. La mujer se tumbó de lado y lo miró, sus ojos claros brillaban como los de perra en la oscuridad: ¿No vas a venir?, preguntó ella.

- ¿Quién eres tú?
- Soy Gilda, muchacho, Gilda nada más.

A las once de la mañana Marcial despertó con hambre y el sobresalto de saber que en cuestiones de trabajo más vale llegar tarde que no ir. Por eso se tiró de la cama y a toda carrera se puso los pantalones. Gilda se había largado y era gratificante saberse eximido de los arrepentimientos que sufren las mujeres inclinadas a pecar. Salió al pasillo, la puerta de salida a la calle estaba cerrada y todo parecía normal. En ese momento la extrañó por primera vez, claro que no como a Verónica, pero sí una imprudencia de la carne, una desazón

tranquila que si no tomaba precauciones causaría el enervamiento y el deseo. Quiso mirar de nuevo la foto y se dio cuenta que la revista no estaba sobre la mesa. Las otras formaban todavía un bulto frente al librero, pero no había ninguna probabilidad, el parecido era demasiado, demasiada también la coincidencia para que la mujer no se sintiera tentada a llevársela. Puta y ladrona, pensó para aliviarse, y por suerte, ya la madre estaba muerta y no tenía que darle cuentas a nadie por la pérdida de una revista. De todas formas eran muchas, ¿no es cierto? Miró el retrato en la pared, un instante, y dijo: Ya voy, mamá.

Mientras su pensamiento volvía a los sucesos de la noche anterior, apilaba tantas revistas como cupieran en sus manos, se incorporaba y las ponía sobre el librero, y a medida que fue entrando en calor, volvió al alivio de saber que Gilda se había ido e incluso, bueno que se llevara aquella imagen de mujer perversa. El trabajo ennoblece, sentenció al recordar que debía irse a su trabajo. El último bulto de revistar lo tiró ya en movimiento hacia el baño. Se impuso la meta de llegar a la oficina antes del almuerzo, pero no alcanzó a girar los dedos con que aprisionó el grifo del lavamanos, sintió un silbido y después el golpe seco. Se asomó al pasillo, había un libro con las páginas abiertas casi debajo de la mesa. Lo recogió, era un recetario ilustrado, aparecían varias langostas alineadas en un plato junto a una botella de vino: Termidor, leyó en voz alta y entonces tocaron a la puerta.

Una semana después Marcial había recorrido los estanquillos para comprar revistas de todo tipo, las bibliotecas, las librerías de libros viejos. Playboy, Fortune, Cosmopolitan, todas mil veces releídas por los insatisfechos de la ciudad, y aprendió a dejar caer la que necesitaba. Con la foto que arrancó de un libro en la biblioteca, logró que Einstein viniera dos veces, conversaron de la Relatividad, pero el viejo no logró explicarle qué estaba sucediendo allí: Brujería, dijo y se comió otro caramelo. El martes revolcó la casa al buscar una foto de Verónica pero no pudo encontrarla. El miércoles equivocó la página y una multitud enardecida entró en su casa pidiendo el cese del bloqueo

contra Cuba. Tenía un Rolex, un horno de microondas y no decidía aún cuál foto de auto dejar caer del librero. El jueves Charles Baudelaire, que vino de la enciclopedia y por tanto de puro azar, le aconsejó la sífilis para morir con dignidad. El viernes por la madrugada, estaba borracho en el comedor y miró el retrato de su madre.

 ¿Qué me miras? –preguntó –. El desorden no es culpa mía.

La madre, sin embargo, continuó acusándolo con la mirada. Marcial bebió de la botella antes de lanzarla contra el retrato. Era un buen vino pero se podía dar el lujo. El marco saltó en pedazos y la foto corrió hasta sus pies. Entonces, escuchó el sonido de una llave en la cerradura. Miró a su alrededor como cuando era un crío y la sabía regresar del trabajo. Ahora que ya estaba grande y ella muerta, se quedó inmóvil en la silla y no se atrevió a mirarla. Sintió cómo se aproximaba a él y le ponía la mano en el hombro.

 Hola, mi amor –dijo una voz y enseguida supo que la magia no era infalible, que había, sin embargo, equívocos felices en los conjuros. Era Verónica. Él vio sus manos ensortijadas, el gesto entrenado al deshacerse de la correa sobre el hombro y el crujido leve del bolso que se aplana sobre la mesa -. Te extrañaba tanto, me perdonas ¿sí? Yo sé que todavía me quieres… -Marcial reconoció la capacidad de Verónica para preguntar y a la vez ahorrarle las respuestas. Las manos desaparecieron de su campo visual, la imaginó mirando a su alrededor… tantos objetos nuevos, pero ella no hizo preguntas. Marcial contó dos pasos, la sintió agacharse para recoger la foto, y luego la mano que vuelve a posarse sobre el hombro-. Hay que arreglar este retrato de tu madre… Vete, vete a dar una vuelta, mientras yo recojo. ¿Ves cómo te hago falta?

Marcial cruzó la calle, recorrió la pared del estadio palpándola con la mano izquierda como cuando iba al trabajo. Podía escucharla correr los muebles y organizar las revistas sobre el librero. Verónica comenzó a tararear la canción que usaba para las labores domésticas. Los borrachos a la vuelta de la cantina cruzaron a su lado, también cantaban y los ritmos contrapuntearon hasta que sintió caer las

revistas del librero, todas como la vez que vino Gilda, una avalancha de páginas amarillas y noticias de cosméticos coleccionadas por su madre en cuarenta años de añoranza, chismes de cine y crucigramas a medio hacer; todo horadado en túneles por las polillas, roídas por la humedad y en contraposición el polvillo impertinente. Después el estremecimiento de sospechar lo imposible y ver que alguien se deslizaba por la acera del frente. Un hombre de gabán y sombrero calado, con las manos en los bolsillos. Los rosales le impedían ver quién era. Los borrachos dejaron de cantar.

 Es una puta -dijo el más borracho de todos y por un error de número le pasó el vaso a Marcial.

 Lo mismo de todas las madrugadas, cuando el marido se va a trabajar –dijo el más alegre

 ¿Es que no estaban divorciados? –preguntó alguien desde atrás.

 Lo sé porque ustedes se van, pero yo me quedo esperando la guagua –contestó el más borracho.

Nadie escuchó el primer grito porque a su vez los dipsómanos reiniciaron el canto. Marcial caminó tras ellos con el vaso en la zurda y los ojos entre el piso y la pared del estadio. Cerrando una ventana, en el silencio, se echan fuera las emociones, había dicho Gilda, y estas palabras le vinieron como habladas al oído. Comenzó una llovizna fina y se refugiaron en un portal, aglomerados alrededor del que traía el vaso, como lobos alrededor del ciervo, esperaban de un momento a otro que Marcial estirara la mano para precipitarse a la bebida. Él, inmóvil, observó el arreciar de la lluvia y cómo los perros desfilaron a refugiarse en el portal de su casa. Excepto el golpeteo de las gotas sobre la pared del estadio, más nada sucedía

- Ayer me encontré una revista con una foto de Rita Hayworth- dijo uno de ellos y se paró frente a los demás mientras el camión de la basura pasaba sin detenerse.

- ¿De quién?, preguntó otro.

- De Rita, ¿Quién me la quiere comprar?

Marcial bebió un trago. El segundo grito de Verónica resonó

contra la pared del estadio.

– Como grita esa – dijo el alegre.

– ¿Es que nadie sabe quién es Rita Hayworth?- los borrachos callaron ante la pregunta difícil – ¿Es que nadie vio cuando esa hembra hizo el papel de Gilda?

– Auxilio – gritó Verónica.

– La vendo en diez pesos, la tengo aquí mismo- El borracho sacudió el bolso y miró a todos. -No puedo creer que no les guste Rita, que no sepan quién es- Algo se rompió en la casa y Verónica soltó un estertor cada vez más ahogado. – Qué clase de película aquella de Gilda.

– ¿Oyeron cómo grita esa? – preguntó el borracho alegre. El que intentaba vender la revista se volvió hacia la casa. –Puta… Mujer fatal- gritó, los demás rieron. Marcial se recostó a la pared y miró el bajo de sus pantalones mojado por a lluvia.

– Cinco pesos- le dijo el borracho casi al oído –Rita es buena con los que no tienen mujer.

 Auxilio – repitió Verónica por última vez y Marcial pasó el vaso y se revisó los bolsillos.

HISTORIA Y LECTURA DE UN LIBRO QUE LE FALTAN PÁGINAS

Es de madrugada, Mirta parece leer frente a un público escaso pero versado, y Mario, mientras le mira las piernas a través del cuchillo que deja la puerta del baño, la imagina alzar el índice para hacer énfasis en las partes donde el verbo le corre fácil. Ella dice: *El negro asomado en la ventana escupió el cordón del barboquejo a la vez que intentaba dar la noticia, por eso Federico no entendió a la primera frase que habían matado al general.*

A Mario ya no le quedan dudas: se acabó el papel higiénico y Mirta le ha robado el libro para llevarlo al baño. Ella abre más las piernas y tensa el blúmers a la altura de las rodillas. Por un instante es clara la visión del pubis con los puntos rojos que dejó la vieja máquina de afeitar, el cambio de color de la piel, el corte exacto, la cicatriz de dos o tres centímetros que mencionaba Otto al describirla desnuda. En ese punto Mario recuerda el gesto del tendero… Otto apretaba un labio contra el otro como si le pareciera doloroso recordar aquella imperfección en ella.

Está sentada con las piernas un tanto abiertas pero la posición no es impúdica. Entonces se inclina, la hoja arrancada del libro se interpone entre la rendija y una porción de sus muslos que no parecen tener cuarenta años: Mario respira como si pretendiera oler el pelo que le cae hasta casi cubrir los senos. Ella contrae el abdomen, vuelve

a mover los labios en un abre y cierra casi imperceptible de la comisura. Va a decir, pero primero articula en silencio, luego como hacen los niños en las clases de lectura. Su balbuceo al ir leyendo termina en una leve mueca y después repite *Reve*, *Rivi* y más alto *Rif*. Sus dientes se apoyan en el labio inferior y enfatizan la efe. Sonríe agradecida del poco inglés aprendido años atrás y vuelve a leer en voz alta:

- *¿Cómo que el general Reeve está muerto?*

No hubo un gesto afirmativo por parte del negro, solo miró los yerbajos crecidos entre las grietas del empedrado que marcaba el trillo, y escupió al charco donde aún goteaba la solera.

- *Se pegó un tiro cuando ya tenía tres balas en la carne –dijo al fin.*

El negro señaló en su cuerpo las partes donde supuso las balas que mataron al general mambí. Federico siguió la trayectoria del dedo grueso como un habano, mientras, pensaba en la posibilidad de que fueran lugares fingidos, porque Simón no pudo haber visto el cadáver.

- Su merced, vámonos a la ciénaga-. Simón volvió a escupir y se arregló el cinturón- La ciénaga… vienen los panchos -dijo al ver la indecisión de su antiguo amo.

–Vienen los panchos -repite Mirta sin leer, imitando la voz de los dibujos animados. Sus propias palabras le causan una sonrisa compasiva mientras estruja el papel con calma. – ¡Ojalá! -dice y se quita el blúmers sin piedad, lo pisa, lo patea como si la prenda mínima, color rosa de niña, no tuviera otra función que la tortura. Por fin lo pellizca con los dedos del pie izquierdo y se vuelve para buscar apoyo en la pared antes de levantarlo del piso.

Los restos de las coronas funerarias apiladas contra la pared del cementerio, el silencio en doscientos metros a la redonda, el frío de la noche, el miedo, la incertidumbre… todo contrapunteaba con el caos de vivas que iba dejando atrás. Hubo una andanada de disparos al aire y por un momento Isabel Cesarini pensó que la guerra había comenzado de

nuevo… esa era su felicidad o por lo menos la esperanza de tener a dónde ir. Imaginar, como lo hizo por mucho tiempo, que aquella paz no era sino una escaramuza bien pensada por los mambises. Asir la posibilidad de ir a Oriente y encontrar sitios donde proclamar: Yo maté a un capitán español, sin causar otra cosa que la aprobación de los demás.

Los disparos dieron paso a la música, y ella trató de dilucidar los mecanismos que llevan a un pueblo a la fiesta imprevista. La alegría es una reacción en cadena, incluso ante los motivos incomprensibles… y la paz no es solo un papel firmado donde se garantiza que acabarán las acciones militares, los saqueos, el estado de guerra, para dar paso a la prosperidad. No: la paz, después de diez años, es el fin de un modo de vida.

Mario deja de leer. Logró sacar el libro del baño pero ya está mutilado, además, no se le quita de la cabeza la imagen de Mirta. Ella de espaldas, desnuda. El pie levantado para alcanzar el blúmers delata sus plantas sucias, por venir descalza desde su cuarto. Mario imagina el carácter orgiástico que le puede dar la madrugada a una mujer en ropa de dormir, atravesando el lujo del patio interior de la casona. Todo en penumbras, una brisa, las rajaduras de la pared disimuladas: algo así como el inicio de un videoclip o la escena fundamental de una película de amor. Sería bueno haberla visto venir en vez de esperar a que ella cerrara la puerta del baño. Verla antes que le robara el libro e imaginar la escena romántica de las escaleras y la bata blanca con muchos vuelos que ella usaba para dormir. Está desnuda en su mente y a la vez trata de echarla fuera para seguir leyendo. Pero el cuerpo de Mirta es persistente: se interpone al texto, incluso a la imagen que no vio mientras ella bajaba las escaleras. El prefiere imaginarla así porque en el fondo es un tipo romántico. Y quiere leer, y la visión de hace un rato, guardada con tanto celo para pensarla con calma cuando estuviera solo, se malogra por culpa de la luz nueva del baño, cambia y toma una expresión ecléctica y vulgar.

Los músicos, antes solitarios, improvisan una orquesta y poco a poco suman al baile a los soldados del ejército recién llegado. No hay mejor fiesta que la generada por el fin de una guerra. Hasta las últimas casas del pueblo corría la noticia del pacto recién firmado entre los

generales de ambos ejércitos, y las madres y esposas de los sublevados preguntaban sobre garantías.

Isabel Cesarini trató en vano de remediar su miedo mientras estuvo escondida tras la iglesia. No sabía si buscar el amparo de los que estaban comprometidos con la causa mambisa. Ni siquiera estaba segura de que le creyeran, al fin y al cabo no era más que una chiquilla de diecisiete años, con pésima reputación. Sin dudas, muchos aprobarían en silencio su acto de violencia, pero ¿la protegerían a sabiendas de que lo hecho contravenía el pacto y sería condenado por personas de ambos bandos? Nadie la iba a esconder, pero esto no estaba relacionado con el patriotismo de la gente. La razón era más sencilla: sus actos de principio de fiesta pecaron en dirección contraria a la alegría de todos.

Tuvo que esconderse de los perros; del borracho que buscó la oscuridad para vaciar su vejiga; de las casas alumbradas en demasía; de una ronda apurada de voluntarios, ansiosos por terminar la guardia para incorporarse a la celebración… Luego huyó hacia la salida del pueblo, silbó algo parecido a la música de una vihuela mal afinada que había oído al pasar cerca del vivac y sintió el alivio de saber que nadie la vio cuando atravesaba los patios abiertos al tráfico. Ni las jaurías fueron tenidas en cuenta con tanto jolgorio en la calle principal.

Ella tiene un semicírculo rojo en las piernas de tanto estar sentada y un tatuaje mínimo en la nalga izquierda, indefinido, quizá una mariposa, pero ninguno lo describió aquella tarde en la bodega cuando Otto cerró y puso una botella de ron en el mostrador para los que discutían sobre cuál de las muchachas era la más hembra del barrio. Porque todos, y esto incluye a Mario, quien no habló pero estuvo dispuesto a mentir si alguien le preguntaba, y se comportó con risas y afirmaciones como si fuera parte del diálogo… Todos dijeron que sí, afirmaban haber estado con muchas, y alguno decía que Mirta no era nada del otro mundo y después rectificaba y sí: Está buenísima… y volvían a beber la ronda del vaso de plástico que partía desde Otto hasta él mismo, en un viaje de circunvalación de un espacio lleno de lujuria y alardes. Otto era el hombre que, por haber estado con Mirta unos días atrás, regresaba de una isla llena de

mujeres y necesitaba contarlo. Todo aquel grupo decía haber estado en la isla, y Mario aún vivía en ella.

Ella tenía el cuello, los hombros y el escote embarrados de sangre, se le mezclaba el olor con ranciedad de la baba amarillenta de tabaco rubio y aguardiente repartida a lengua por el camino entre los senos hasta la punta de su barbilla; la frente sudada, las entrepiernas viscosas del semen peninsular casi seco y repartido los restos en manchones sobre el filo de su falda. Los pies descalzos de la muchacha se torcían a cada rato en el camino minado por las pisadas de las bestias, pero Isabel era ágil de cuerpo y amortiguaba las torceduras sin otro esfuerzo que el de abrir de vez en cuando los brazos o saltar al camellón. Sentía, a veces con asco, otras con placer, el agua putrefacta en el fondo de las huellas dejadas por los caballos en el camino de salida hacia la villa de San Juan de los Remedios.

En la mano derecha el cuchillo de cocina afilado a despropósito pero con saña, sin brillo, tibio y rojo; tinto por la circunvalación al cuello de su víctima. Lo había arrojado al piso de la habitación, pero vio al oficial revolcarse y tuvo miedo de que lograra sobrevivir. Luego esperó en la sombra como se aparta cualquier mujer tras desollar un pollo, para salvarse de las salpicaduras de sangre. Cuando el oficial se quedó inmóvil ya era conciente de su miedo, entonces se olvidó del cuchillo en su mano. En la izquierda llevaba los zapatos, y era su mano más libre de movimiento, la que usaba para secarse el sudor de la frente, que le corría a pesar del frío.

En la bodega los hombres hablaban en susurros cuando entraban en anécdotas que vinculaban a terceros. Todos tenían preferencias intangibles, o al menos se podía descubrir en el tono, la predisposición a convertir la libido particular en un fenómeno colectivo… pero nunca se pusieron de acuerdo porque sabían que a Otto le gustaba el tema de las mujeres y mientras se hablara iba a seguir trayendo ron.

Y porque es difícil hasta con Grisel, la hija del médico que vive en la casa contigua… dicen que está flaca y es muy tímida, dicen para decir algo negativo sin tener en cuenta su pie griego, o sí, pero a quién

carajo le importan los pies de una mujer si tiene una cara de ángel y dieciocho años; y Driana, que es un poco intelectual y loca; de ella ni hablar: tan delicada, con la conversación de retazos incomprensibles, tan limpia que da pena cuando pasa y uno se olvida de ventear los perfumes que arrastra como si el buen olor le guardara obediencia...

Isabel Cesarini huía, con el miedo en plan de aplazar para mejores momentos la conciencia del valor que necesitó un rato atrás, repitiéndose a sí misma que nadie la conocía lo suficiente para acusarla cuando hubiera tierra y tiempo de por medio. El jubileo era propicio para abandonar la zona pero, ¿a dónde ir, ahora sin guerra? Ella vio nacer la insurgencia en los potreros del Camaguey cuando apenas era una niña: lo que llamaban república en armas… y se acostumbró a la esencia del mercado y la muerte bajo condiciones especiales, como si siempre hubiera existido la guerra. Hija de un italiano muerto de tuberculosis, y de una cubana que tampoco logró sobrevivir los primeros años de la contienda, Isabel vivió del ir y venir de un bando a otro para buscar amparo; ahora mujer, de campesina pobre a fingida señorita, huía antes que los soldados se dieran cuenta de que su capitán había sido asesinado en el cuarto de una casa de putas.

La mayoría de los hombres que entraban en la casa eran militares del bando español, borrachos celebrantes, llamados a la concentración de fuerzas en la Villa de San Juan de los Remedios. Hacían un alto y gastaban las pesetas de su último sueldo, paga atrasada, en galones de aguardiente, en putas, y pensaban, hablaban en corro, improvisando a veces un cántico melancólico sobre el próximo regreso a España: Gloria le dé Dios al general Martínez Campos y a su majestad el rey Don Alfonso XII, gritaban y unían los vasos de burda arcilla, sin recelo, a probados infidentes. Era la madrugada del 19 de febrero, fría de perros y llena de alivios; por culpa del telégrafo ya toda Cuba sabía del Pacto…

Mirta se arquea, sube los brazos para sacarse la blusa, y Mario piensa por un instante en lo bueno que sería ver así a Grisel, la vecina, o a Driana, que vive más allá y tiene fama de farandulera; pero comprende que es el instinto de saberlas en flor, aunque no tengan la carne que se muestra fuerte en la vibración de las nalgas cuando Mirta

da el primer paso a la bañera, o cuando vuelve a mostrarse de frente, contrariada, porque ha olvidado tirar de la cadena del retrete.

- *¿Sírvase a decirme su nombre?*
- *Isabel Cesarini.*
- *Isabel, usted debe acompañarme hasta Remedios. Será Juzgada.*
- Discúlpame-. Mario se vira bocabajo en la cama para evitar la mirada de la muchacha-. Que no te dé pena, eso es normal.
- ¿Qué haces aquí?
- Estaba buscando a Mirta –dice Driana- Oye, de verdad, hago como si no hubiera visto nada.
- *Federico Romero –dice, Isabel calla, continúa echada en el tronco donde se sentó a descansar cuando no pudo más-. Soy capitán de Voluntarios –dice él.*
- *Estoy cansada-. Federico se baja del caballo. Ella se ha hecho un ovillo con el cuerpo al abrazarse las piernas.*
- ¿Y qué crees que viste? –pregunta Mario
- Nada… digo, no sé. Nada del otro mundo-. Driana sonríe.
- ¿Cómo entras sin tocar?
- Llevo una hora llamando. Mirta y Mirta, y nadie responde. La puerta de la calle está abierta.
- *Yo también fui como tú-. Federico Romero se ha sentado en la punta del tronco. Los otros dos soldados miran a la muchacha y murmuran algo-.Fui de la gente de Reeve hasta que comprendí…*
- *Yo conocí a Reeve –dice Isabel luego de un largo silencio. Federico Romero alza la vista de las piernas de la muchacha y la mira para buscar sus ojos-. Él no habría pactado –dice ella.*
- *Reeve está muerto.*
- Oye, todavía estoy aquí –dice Driana.
- Mirta salió.
- En realidad yo venía a verte a ti. Pero como nunca hemos hablado le iba a decir a Mirta que hablara contigo primero.
- ¿Para?
- A Mirta la conozco desde hace tiempo.

- Yo te he visto también. No tengo tabacos, si es lo que estás buscando-. Y es que Mario cree demasiado en la infalibilidad de su negocio. Hay algo afrodisíaco en el acto de perseguir a los turistas para venderle tabacos, eso piensa, algo inherente al sexo en todo lo que genera ganancias. A Driana una vez la vio de manos con alguien que le pareció extranjero.

- *Si estuviera vivo, digo yo, Reeve-. Isabel alza por primera vez la vista y observa a los soldados que conversan a una distancia prudencial.*

- *Los muertos no cuentan.*

- No, yo no sabía que tú vendes tabacos –dice Driana-. Una vez Mirta me dijo que tenías muchos libros. Vine a ver si prestabas alguno.

- Yo no presto mis libros.

- *A veces los muertos cuentan más que los vivos. El general con su cojera y la lengua enredada por el inglés que nunca se lo pudo quitar de verdad, yo lo recuerdo bien… todo el mundo se sabía el cuento de cuando lo fusilaron y quedó vivo. Eso no pasa todos los días, por eso le digo lo de los muertos.*

- *Eres demasiado joven para tanta convicción –le dice Federico. Mira a los soldados y se corre a su lado en el tronco como si fuera a decir algo confidencial.*

- A lo mejor te interesa alguno de los que yo tengo –dice Driana.

- *… Demasiado bonita para hacer lo que hiciste… -. Isabel hace como si no lo oyera. Se levanta y va hasta donde comienza el barranco. Los soldados dejan de conversar y la miran-. Vuelve al tronco –dice Federico-. Si te alejas los soldados te van a disparar… Es una lástima que tu problema sea tan grave…*

- ¿Qué tienes?

- Algunos muy buenos-. Driana se pasea por la habitación pero el único libro que ve está sobre la almohada.

- *Tu problema es grave –dice Federico y se acerca a ella.*

- Tanto tiempo viviendo aquí y no habíamos conversado. Y ahora encontrarte haciendo eso.

- *Si –dice Isabel sin mirarlo-. A lo menos para garrote vil.*

- Yo no estaba haciendo nada-. Y Mario piensa en las veces que

la ha visto cruzar la calle y nunca se le ha ocurrido hacer “eso” con ella. En short apretado Driana iba y venía todas las tardes del gimnasio, pero se comportaba tan ajena… Es terrible y curioso catalogarse a sí mismo como inepto para una mujer, sin ni siquiera pensarlo, porque esta aptitud es algo preescrito, y luego encontrarla tan cerca y comenzar a imaginar en un tropel desorganizado todo lo que antes no nos tomamos el trabajo de hacer.

- *Hay algo que todavía puede ayudarte –Federico habla para que los soldados lo escuchen-. Yo pudiera hacerme el desentendido…*

- *Dicen que en Oriente todavía se pelea. Si pudiera irme allá-. Isabel se vuelve y comprueba que Federico le ha hecho una señal a los soldados. Ellos ríen y se adelantan unos metros por el camino de Remedios.*

- Ya te dije que es normal… un exceso de imaginación materializada…

- Tú eres la que tiene mucha imaginación.

- ¿Qué estás leyendo?

- *Si quisieras…-dice Federico y desliza su dedo por el brazo de Isabel-. Yo podría… ya sabes: nosotros te encontramos pero nadie lo sabe…*

- *Pero nada más contigo.*

- *No sé… te encontramos los tres. Tampoco quiero que los soldados se vayan resentidos.*

- Un libro de mambises, pero le faltan páginas. Ni siquiera dice el nombre del autor.

- No importa, préstamelo-. Driana se sienta en el borde de la cama.

- Los otros libros están en una caja, en la segunda planta… No sé dónde los puso Mirta.

- Préstame ese. Me encantan los libros de mambises.

A Mario le parece esta una frase culinaria… ella podría haber dicho, con el mismo arrebato, que le gustaban los bombones. Driana se inclina para leer algo en el libro y él se aprovecha de la blusa holgada. Ella lee mientras desliza un dedo sobre la página, él comprueba que tiene los senos pequeños, puntiagudos, y una diferencia de color en la piel que los rodea… Estuvo en la playa,

piensa Mario, quizá a ojos de Otto aquel cambio de color podría ser un crimen; sin embargo, a él le gusta: como si las zonas erógenas estuvieran recalcadas para una mejor ubicación de los torpes instintos del profano.

- *Piensa que es un rato y luego te vas por donde te plazca-. Isabel se ha acercado con lentitud. Federico le introduce la mano entre la falda y la barriga y ella se queda inmóvil-.* Me gusta, dice Driana. Ahora ya sé lo que te pasó… Hasta a mí…

- *Tócame –dice Federico. Isabel ha separado un poco las piernas. Se inclina y busca el cuerpo del hombre.*

- No te lo puedes llevar, es el único que tengo –dice Mario.

- Termino rápido y te lo devuelvo. ¿Sí?

- No insistas –Ella duda un momento, acaricia el libro, mira al pasillo.

- ¿Por lo menos déjame leer esta parte? –Driana se descalza sin usar las manos y pone los pies paralelos al cuerpo de Mario. Él puede olerla.

- *Isabel se alza la falda y se inclina sobre la parte del tronco donde ha dejado los zapatos* - Driana lee en alta voz.

- ¿Estás cómoda? ¿Quieres que me pegue un poco más a la pared?

- No, así está bien. ¿Puedo apoyar la cabeza en tu brazo? Así no, con el brazo tuyo sobre la almohada… la luz viene de la puerta…

- Es que el brazo se me entumece.

- Así. Pero no te creas cosas. *Las manos de Federico entran bajo la blusa y la piel tibia lo invita a buscar el calor de los senos.*

- ¿Te gusta?

- No interrumpas, córrete un poco.

- Mejor nos sentamos, ¿no crees?

- No, así está bien. Si se te entumece el brazo me avisas. *Le pellizca las aureolas, ella gime y se inclina más, hace un círculo con sus nalgas sobre la cintura de él.* ¿Sentiste la puerta?

Mario no puede adivinar qué tipo de perfume usa Driana. La muchacha ha dejado de leer y lo mira con el rabillo del ojo, pero él no se mueve, finge estar anonadado con la historia, finge la mirada al

vacío como un reptil ante la presa, mientras contempla la pequeña porción de piel más blanca que se divisa bajo la axila… siempre le gustaron las mujeres muy blancas.

- ¿No me oyes?
- ¿Qué?
- Que si no sentiste la puerta.
- ¿Viene Mirta?... ¡Qué pena! Tienes que irte…
- ¿Qué? ¿te va a botar del alquiler?
- Vete, vete.
- ¿Puedo llevarme el libro?
- Sí.

Mirta grita que ya está en casa y sigue de largo. Mario entreabre la puerta. La ve subir las escaleras con un bulto en las manos. Lleva la falda corta, entonces él espera como otras veces, a que alcance el último escalón, donde falta un pedazo del pasamano y se le ven mejor las entrepiernas. Solo un segundo y recuerda: unas horas antes, en la madrugada, en el baño: ella dejó caer la blusa al piso pero la recogió enseguida, ágil, para rectificar el conflicto que puede inducir su costumbre de predicar con el ejemplo en pos de la limpieza y el orden. Con intención deportiva lanzó la blusa a la lavadora abierta, hizo de pitcher y sus tetas oscilaron, más cuando la blusa entró por la boca de la lavadora: una sonrisa, dos saltos: Goool, dijo, porque ya nadie dice strike cuando se acierta el tiro ni ella sabe un carajo de deporte. Un giro de bailarina aprendido en los tiempos que todas quieren serlo, y en eso sí tenía razón Otto, no parece tener cuarenta años…

- ¿Ya? –pregunta Driana.
- Mirta sube y baja enseguida. No resiste estar sola en el segundo piso.
- Ya, me voy. ¿Puedo llevarme el libro?
- Te dije que sí. De todos modos, le faltan páginas-. La muchacha abre el libro en la página que tiene marcada con su dedo índice. Mira los números en el borde inferior y luego, contrariada, vuelve al inicio de la siguiente

- Esta mujer, la del libro, ¿ella tenía un cuchillo o algo así? -pregunta, y se pone el libro bajo el brazo-. Tú sigue en lo tuyo… usa la imaginación.

ADIOS, LOLA

Le grité y dejó de sonreír. Pero su sonrisa no era el problema, ni su madre o sus inclinaciones políticas. Entonces le grité que era todo un Hitler y por fin se ofendió, aunque no por mucho tiempo. Era uno de esos turistas que viajan con sus mochilas en los transportes públicos. ¿Quién no se ha encontrado a un tipo como Rudy? Era si acaso un ario, pensamos nosotros, por lo rubio y lo alto… Alemán, aunque nadie mencionó su nacionalidad y cuando Lola quiso saber, Rudy, con su español estropajoso dijo que era cubano, y para probarlo sacó un carné de identidad con su foto y su nombre.

Aunque todo el mundo sabía que era extranjero el acto de ver un carnet causó más admiración hacia él, en el fondo la gente ama a los pícaros y nadie pensó que Rudy podría tener residencia. Luego yo le grité: HITLER, y él cayó en la trampa. Cuando se encabronó la gente nos hizo espacio a pesar del camión repleto, como si fuera inevitable la bronca luego de tamaña ofensa, que para todos estaba más en el grito que en el argumento. Rudy dejó de sonreír, molesto, pero de pronto su cara se transfiguró en la viva estampa del hombre bueno. No sé si fue mímesis de autodefensa, pero lo cierto es que antes de gritarle sucedieron cosas y después la muerte.

Un poco antes de que mataran a Lola, antes incluso de que yo la viera subir al camión, la niña que estaba a mi lado se puso de pié y apoyó sus rodillas sobre el banco para poder mirar la calle. Tenía siete

años y era ágil, sacó la mano por la ventanilla confiada en que su padre, de tan absorto en sus papeles, no se percataría de aquella pirueta ya varias veces prohibida. Y así fue, simple, en la parada donde se había estacionado el camión el hombre y la mujer discutían y adentro el padre de la niña, Hugo Pons, revisaba los exámenes desplegados sobre su portafolio, leía con una voracidad rayana en la desesperación, pues sabía que de un momento a otro los pasajeros se apiñarían y nosotros, los que habíamos abordado el camión en la primera parada, perderíamos la efímera comodidad.

Como estaba ocupado no logró pillar a la chiquilla; sin embargo, al ella cambiar de pose la muñequita de trapo olvidada en su regazo cayó al piso del camión. Por un momento tuvo ganas de molestar al padre para que se la alcanzara y de cierto, para Hugo Pons habría resultado fácil estirar la mano un poco hacia atrás; pero la niña recordó las advertencias de no molestar a su padre cuando trabajaba y no dijo nada. Como tampoco tenía ganas de agacharse ella misma y aún la discusión entre el hombre y la mujer no era más que un murmullo tras la portezuela cerrada, como un pregón a dúo, la niña se dedicó a escribir en el polvo sobre el metal exterior del camión.

En el momento que se abrió la portezuela, a mí no me quedó más remedio que hacerle el favor a aquella niña negligente. Si la muñeca hubiera permanecido en el piso su rescate se habría hecho casi imposible luego de que entraran los pasajeros. Así que cuando la gente empezó a entrar ya yo estaba agachado y por eso, mientras trataba de agarrarla, sentí cómo pasaban frente a mí las partes de la discusión: QUE SÍ TE LO DIJE. LA CULPA ES TUYA Y VAMOS A DEJARLO AHÍ, TE LO ADVIERTO… tal vez apaciguados por la necesidad de buscar asiento. Fue mi posición lo que impidió que yo reconociera a Lola desde el primer momento o que ella estuviera sentada a mi lado por más de quince minutos, incógnita, hasta que le preguntó su nombre el alemán que subió dos paradas después. Lola se sentó a mi lado, iba con otro hombre y a veces pienso que estuvo a punto de no morir.

En cuanto a Rudy, se subió al poco rato y daba gusto verlo:

alemán enorme, con su sonrisa demoníaca y su incapacidad para estar de pie dentro del camión. Era demasiado alto para la capota improvisada y en mitad del pasillo parecía tan abandonado, tan hecho mierda, obligado a permanecer encorvado por su fatalismo genético… Fue la primera vez que di el asiento a un hombre y, él, a pesar de aceptarlo con una sonrisa, en el esfuerzo de no mirarme dejó claro que hubiera preferido sufrir el dolor de sus huesos antes de verse tratado con lástima. Sin embargo, había que darle el asiento y él aceptarlo para comprender todo esto. Así lo hice yo, y aunque Rudy no cambió su sonrisa demoníaca de hijo de puta ario, ni me dirigió la palabra, ni siquiera la mirada en el tiempo que permanecimos allí, pude saber de su interés por demostrar lo bien que conocía la realidad cubana y gozar la mofa masoquista que los demás hacían de esto. Tenía esa vieja pasión de ente dominante y autosuficiente, se reía de los que de tanta admiración por lo exótico no podían considerarlo un monstruo de feria, como se veía a sí mismo…

Por mi parte, había pasado algún tiempo desde la última vez que me encontré con Lola, y tuvo que ser así. Necesité un alemán y la suerte de una pausa en la obra de Hugo Pons para comprender que había estado en el asiento junto a esa mujer: Es ella, me dijo Hugo, justo en el momento que el mastodonte ario acompañaba su mirada lasciva con el estribillo: Lola, Lolita, Lola, conmigo vas a acabar. Una especie de cantinela lúbrica y a la vez el alarde de conocer el lugar común.

Rudy sabía las cosas que se aprenden en los manuales y las de la calle. No es raro que su primera conversación con Lola y el tipo que la acompañara fuera sobre si estaban casados o no, hasta llegar a la liturgia del casorio, que él bien podría ser testigo de una pareja tan linda, pero que no esperaran tener luna de miel por el Estado ni alguna otra prebenda como había sido unos años atrás: Ya eso cambió, Lolita, y es una pena, una muchacha tan bella que no pueda ir al hotel. Y la gente reía antes de decir con admiración: ¡Cómo sabe el yuma! Yo, que no había devuelto la muñeca, antes de mirarla ya estaba apretando el cuello de trapo como si pretendiera destrozarla

por simpatía, a la manera de los hechiceros. Lola era la muñeca, así son las cosas, y Hugo Pons ni se inmuta y yo aprieto en el colmo de las coincidencias, porque así, por nada, comienzo a entender la discusión.

- Mentira.
- Carmen no dijo que tú le dijeras, pero ella dice que ese tal Stalin es el hombre de tu vida. Sus propias conclusiones, sabes.
- ¿Y qué sabe Carmen? –preguntó Lola-. Eso no son cosas que se le dicen a una mujer. ¿Cuándo vas a tener un poco de orgullo?
- ¿Es tu prima, no? Ustedes las mujeres hablan.
- ¿Y qué más te dijo?
- Si…
- Deja, no me cuentes.
- ¿Desde cuándo no ves a Stalin?
- ¿A quién?
- No te rías. ¿Desde cuándo no lo ves?
- Por mi cuenta se fue del país hace rato.
- Se murió en el cincuenta y dos –dijo Rudy. Aunque nadie comprendió, su intromisión bastó para relajar el ambiente. Lo cierto es que hasta ese momento Hugo Pons no se había dado cuenta que hablaban de mí. Era lógico que Lola no me reconociera de repente, había llovido mucho, tal vez diez estaciones de lluvia. Hugo Pons y yo nos miramos por un momento pero estaba claro que en el mundo nada podía ser más importante para él que revisar los exámenes de fin de curso. Era un aburrido profesor de Historia y sin dudas hallaba aliciente en toparse con hechos apócrifos dentro de aquellas respuestas. Verdaderas joyas, me contó una vez, como la de confundir a Napoleón con Bolívar o que el bloqueo norteamericano a Cuba provocó en los reyes católicos su preferencias tempranas por la colonización de La Española… Cualquier cosa servía para intercambiar un comentario con sus colegas; creo que tenían algún tipo de registro para estas cosas, con la única intención de reír y sin flagelarse mucho con cualquier tipo de responsabilidad sobre el asunto. En casa –llevaba dos días revisando los exámenes-, tras encontrar algún error, reía por un corto periodo, una risa sin embargo brusca, exagerada: Anota, Hugo Pons, anota esto, se decía. La niña,

como no encontraba motivos para secundar la alegría del padre, se limitaba a observarlo por un momento y luego volvía a sus cosas mientras él sacaba su agenda para poner la bizarra respuesta junto con el nombre del alumno y el grupo a que pertenecía; también le daban una puntuación del uno al diez, pero esto por fuerza debía hacerse en el colectivo de profesores y, por supuesto, reunidos a escondidas de la dirección de la escuela.

En el camión no reía, digamos que era más responsable con su comportamiento. Y como hubo un momento en que el alemán dejó de preocuparse por Lola y comenzó a jugar con la niña, a causa de su enfermedad de vejar a todos, Hugo Pons creyó que era su deber intervenir. Por eso guardó los exámenes en el portafolio y se mantuvo atento a las palabras estropajosas. Es bueno decir que el alemán había abordado el camión en compañía de una gorda, al parecer dependiente o carpetera del hotel donde él había estado hospedado. En los primeros instantes, a pesar de que ella se pudo sentar en el banco que ocupaba la otra banda, ellos mantuvieron algo parecido a un coqueteo pero que no pasaba de ser un espectáculo público donde cada uno saciaba su propio ego. La trabajadora del hotel lo exhortaba a invitarla a cervezas y él se defendía diciendo que ya su tiempo de aprender de los cubanos había terminado. Sólo que su voz era tan suave que muchas veces me pregunté cómo se podía hacer audible con semejante tono, y a los demás sus respuestas parecían cómicas, y hasta en ciertos momentos, cuando se hablaba de potencias sexuales y asuntos de precios, los comensales invitados a tamaño banquete de masoquismo cultural le daban la razón al alemán y estaban dispuestos a reverenciarlo como exponente de un mundo al que nos es imposible llegar, no ya por constitución sino por una falla genética insoslayable. Así era el mecanismo de Rudy, y se explayaba en él. Era casi un maestro de explotar los lugares comunes que atraen las críticas de los cubanos. Y lo hacía sin que nadie comprendiera que su función, más que criticar la sociedad o cualquier otra cosa, tenía el propósito de reírse de todos antes que tuvieran tiempo de reparar en el espectáculo que significaba ver su mole de carne y hueso.

- Yo lo conozco a él –dijo Lola y pensé que se refería a mí; sin

embargo, había reconocido a Hugo Pons.

- ¿Al calvo del portafolio? –preguntó el tipo que venía con ella.
- Ajá.
- Pregúntale qué se siente cuando la mujer te dice que él no es el hombre de su vida.
- ¿Vas a seguir con lo mismo?
- Tú lo dijiste, pregúntale.
- Ya estás confundiéndolo todo. Carmen fue quien te dijo eso.
- Entonces dime que es mentira… O deja, no me digas nada.
- Sí, papi, si te lo digo –dijo ella con esa miel que se reserva para estos casos. Tanta miel que el alemán se volvió de repente.
- Ay, papi –dijo y todos rieron, hasta el tipo que la acompañaba. A veces pienso que si él hubiera sabido que estaba hablando, rozando los muslos de Lola, por última vez, comprendería que estaba perdiendo la oportunidad de comportarse con dignidad.
- ¿Hugo? –dijo Lola y la niña la miró.
- Papá, te llaman.
- Sí –dijo Hugo Pons, que sin dudas, esperaba de un momento a otro ser reconocido por Lola. Yo, sin embargo, estaba a salvo porque mirarme a la cara significaba levantar la cabeza demasiado y además, tenía mis gafas nuevas, el pelo largo y mi barba recortada como un rabí mundano. Para los calvos es más difícil todo, hasta pasar desapercibidos en los camiones de transporte donde se sube la persona que no esperas volver a ver nunca en la vida.
- ¿Quién es? –preguntó el tipo que la acompañaba.
- Nadie –dijo ella con brusquedad-. Nadie –repitió en un murmullo, sin que el tipo le volviera a preguntar.
- ¿Es el tipo que se fue con Stalin, verdad?... que te lo quitó. Una vez me dijiste que era calvo.
- Ya te dije que eso nunca se supo. Nadie lo supo.
- ¿No fue que tu misma los agarraste templando? Y eso no me lo dijo Carmen, sino tú misma.
- Cállate.
- ¿Y entonces por qué lo dejaste?... O no, ya me acuerdo. Fue él quien te dejó. ¿Quieres que le pregunte qué fue de la vida del tal

Stalin? A lo mejor siguen juntos.

- Me cago en el coño de tu madre.

El tipo trató de golpearla y entonces le agarré la mano y ella me reconoció, pero no dijo nada. Se quedó ahí, mirándome, como si mi gesto contuviera una carga más grande de admiración que de agresión aquella mano venida en su contra. Era algo así como una razón superior para perdonarnos medio pasado, uno de esos símbolos sibilinos que intentó, supongo, informarme de su muerte próxima. Sólo que allí estaba aquel alemán para impedir toda reflexión.

- Los cubanos siempre terminan igual –dijo Rudy y me miró con todo el odio de sus ojos azules –Las mujeres los echan a pelear.

- ¿Y a ti qué te importa? –me dijo el tipo y forcejeó para zafarse la mano, pero yo era más fuerte.

- Entre marido y mujer –tarareó el alemán.

- ¿Te dejaste la barba?

- ¿Quién es este tipo? –dijo el novio de Lola y se retorció un poco.

- Soy un caballero –dije.

- Eres un maricón –dijo Lola-, suéltalo. Y ya le venía la histeria, lo presentí en su forma de golpear el piso del camión con los dos pies a la vez. En ese momento fue cuando el alemán me empujó, y él sí era más fuerte.

- ¿De dónde conoces a este comemierda? –dijo el tipo envalentonado al ver que las fuerzas alemanas se habían aliado a su pobre ejército. Luego no sé si la niña comenzó a llorar antes o después que Hugo Pons desbaratara su portafolio en la cabeza de aquel teutón enorme. Pero estoy seguro que el llanto de la niña fue un aliciente en la escena y algo más, porque enseguida la gente se solidarizó con el padre y el alemán, como no podía ponerse de pie a causa de su tamaño, tuvo que conformarse con defenderse sentado. Entonces empezó a blasfemar si se puede decir así, contra nuestra patria, porque sus ofensas fueron demasiado impersonales, hasta filosóficas. En fin, es difícil saber qué se dicen estos tipos cuando se pelean en sus países. Lo que sí sé es que en ese momento Lola vio a la niña y comprendió que era hija de Hugo Pons. Era algo indudable y bastaba

verlos.

- ¿Pero tienes una niña? –gritó Lola admirada, mientras con todas sus fuerzas se aferraba al brazo del tipo que iba con ella. Era claro que el tipo trataba de sacar una cuchilla o algo así, pero las palabras de Lola fueron interpretadas como un llamado a la cordura por la presencia de la niña, cuando en realidad ella sólo se admiraba de que Hugo Pons fuera capaz de concebir y a la vez tener comprobada fama de homosexual. Comoquiera surtió efecto y el alemán comprendió que los golpes enviados a la nada, con los ojos cerrados, ya no eran necesarios. Yo me quedé un poco alejado de él y Hugo Pons, sin responderle a Lola, recogió los exámenes. La niña, él y yo, nos acercamos a la puerta y sin decir nada, alguien tocó el timbre por nosotros, aunque sabíamos perfectamente que el camión no se detendría hasta completar las dos cuadras que le faltaban para llegar a la parada de la florería. El tipo me estuvo observando sin sacar la mano del bolsillo, tengo que reconocer que en ese momento su mirada no tenía nada de particular ni aquel rasgo de odio que un rato después le dije a la policía. En verdad yo me asusté un poco y por eso me aparté, hay cosas que uno no puede explicar, menos a la policía, si no se exageran los hechos. Lola se apoyaba en su brazo para que no pudiera sacar la cuchilla, pero ya la bronca languidecía

- Hugo, ¿cómo es que tienes una niña? –preguntó Lola.

- Ya te lo dije aquella vez, loquita (así le decíamos) Las apariencias engañan. Nosotros –Hugo Pons me señaló- seguimos siendo los mismos.

Entonces ella me miró con cierta dulzura. Era un gesto que diez años antes hubiera bastado para abatirme, y ahora me traía el recuerdo o tal vez la sospecha de que ella me volviera a gritar en público: Stalin, te quiero como seas, no me importa que seas maricón. Sin embargo, había algo de ángel guardián en la niña de Hugo Pons, ella nos protegía del comentario, al menos trabajaba la lógica machista de Lola. Ella con sus manos clavadas en el hombro del sicario y mirándome con dulzura, como diciéndome huye, sálvate tú.

Pero cómo irse. El timbre volvió a sonar y en ese momento comprendí que el sonido fue más pronunciado que la primera vez. Era

que Hugo Pons, como si presintiera el peligro, se había adelantado y trataba de detener el camión de pasaje. Reitero que estos hechos, para comprenderlos, hay que tener en cuenta que ocurrieron en escasos segundos. Yo traté de alcanzarlos, sin darme cuenta de cuál era el necesario apuro después que la bronca había terminado. La gente me miraba, incluso, con un poco de respeto. Un respeto sólo superado por la idolatría que dos o tres sentían ya por Rudy, el alemán que de nuevo sonreía. Por eso le menté la madre sin acertar la ofensa y le dije Hitler, y no debí hacerlo. Aunque en ese momento mi ánimo no era de ofender sino más bien un comentario de despedida.

Rudy, al principio no entendió bien y luego se puso serio, ya lo había dicho, hay ofensas que nosotros mismos no entendemos y un tipo como Rudy, que su mayor orgullo constituye en ser un profundo conocedor de la cultura cubana… él no demoró en saber que la ofensa no era tal, por eso sonrió, no hizo caso al espíritu de bronca que se había formado alrededor nuestro y me gritó: STALIN, solo para responder a lo mío de HITLER. Eran las tres de la tarde cuando el tipo que venía con Lola se puso de pie: Así que tú eres Stalin, dijo y le reverberaron los dientes, sus labios siguieron moviéndose un poco más, eso lo pude ver, y apretó los músculos del maxilar.

Yo no le respondí porque ya tenía la cuchilla en la mano. Lola volvió a sujetarlo pero el tipo se había colmado de una fuerza psicológica capaz de ensanchar sus músculos. POR ESO LA DEFENDISTE AHORITA. En ese momento mi único pensamiento gravitaba alrededor de la ofensa que de nuevo alcanzaba a Hugo Pons y a mí. Con un par de profesores en el camión era suficiente para que mañana el claustro de la escuela donde trabajamos, supiera el alegato de diez años atrás. Luego comprendí que había una cuchilla, cierto que en manos de un tipo que al parecer tenía la costumbre de sacarla a cada rato, como el perro que ladra. El tipo forcejeaba con Lola y, curioso, Hugo Pons y yo, Stalin Cabrera, que diez años atrás comenzamos a odiarla, ahora veíamos cómo ella nos defendía. Pero no sentimos compasión, si al fin ella se había buscado un tipo con cuchilla y Hugo y yo aún la preferíamos muerta antes que la discusión

cayera en el comentario.

Rudy, que permanecía sentado, de vez en cuando empujaba a Lola para que ella no cayera sobre él y mascullaba ya no en español, sino en alemán, algo entre súplica y orden. Hugo Pons se había adelantado hasta la puerta y no dejaba de tocar el timbre. El tipo no me quitaba la vista de encima mientras forcejeaba, su derecha contra las dos manos de Lola. Y yo los veía hacer aquello que era como un ritual orgiástico, a ella, con sus piernas semiabiertas y las rodillas un poco dobladas, masculina y sensual, moviéndose de un lado a otro y el tipo inmóvil, erguido, pero yo los contemplaba más preocupado por las palabras que por la acción, porque el tipo sabía, Hugo Pons y yo éramos conscientes de esto, y en cualquier momento iba a hablar. Lola debía morir ahora, mucho más que diez años antes, ahora que Hugo tenía a su niña y ni siquiera nosotros recordábamos muy bien lo que pasó aquella noche cuando Lola regresó sin avisar, y Hugo y yo estábamos en mi cama porque queríamos probar algo que no fue más y en mala hora fue una vez. Yo era un joven profesor y Lola nunca supo callar, nos expulsaron de la escuela pero logramos mantener limpio el expediente. Hugo Pons sabe cómo hacer esas cosas.

Cuando el camión se detuvo y la inercia hizo que en Lola se clavara más la cuchilla, hubo un momento, se pudiera decir sagrado, en que la gente se quedó en silencio, como si esperaran las últimas palabras de la moribunda, y ella, a poco de morir, buscó rápido los ojos de Hugo: Siempre te quise, le murmuró ya sin fuerzas, al viejo profesor de Historia. Y las gentes, y Rudy, y hasta el mismo tipo de la cuchilla se sintieron en la escena final de una película. Yo también, dijo Hugo y se precipitó hacia la calle con la niña en brazos, para que no viera tanta sangre.

EL FIN DE LA VERDAD

Comenzaron los golpes en la puerta y Emma se pegó el tiro. La bala atravesó el cráneo y los pedazos de cerebro mancharon la cama antes que la muchacha cayera sin vida sobre la almohada. Fue un salto rápido a la muerte, un juego del que Rodolfo no la creyó capaz mientras miraba con temor progresivo, la presión que ella ejercía sobre el gatillo: nada más la última sonrisa, un beso echado al aire y el disparo como un cañonazo entre las notas de jazz que dilapidaba Miles Davis en la radio. Rodolfo se limpió la sangre que le había manchado la cara y no pudo evitar que las lágrimas sucedieran al acto de apretar los párpados. Trató de reprimir sus gemidos con una mueca. Sintió el aire enrarecido por la leve columna de humo que iba esparciendo el olor a pólvora; el zumbar de sus oídos a causa de la cercanía del disparo y cómo se le apretaban los labios por el sabor de la sangre. Hacía mucho tiempo que no lloraba, años quizá, al menos no recordaba otra ocasión desde que el padre de aquella muchacha de dieciséis años, se quejó a su madre de que él la miraba a través de la celosía del baño y la vieja lo mantuvo encerrado hasta el otro día en una habitación de madera nada parecida a ésta ni a los calabozos donde estuvo después.

Aquella vez lloró por la vergüenza, pero le gustaba evocar la casucha al final del patio de su casa paterna como la primera cárcel, y el carácter de su madre tal si hablara de un alcaide a ratos cariñoso. Lo contaba cada vez que era necesario hablar de las dos o tres veces

que había estado preso en el cuartel de policías o en San Hilario. Emma siempre sonreía con aquel cuento y se acercaba en las reuniones de amigos para decirle en secreto pervertido y morderle el lóbulo de la oreja.

Ahora yacía sobre la cama, el ojo izquierdo fuera de su órbita y un hilillo rojo salía por la nariz y bajaba sin tocar los labios entreabiertos. Al principio Rodolfo sintió culpa porque había sido suya la idea de suicidarse juntos, o por lo menos el comentario de que, si un día la captura era inminente, le gustaría malograrle a los esbirros el placer de la tortura y morir con ella. Ya Emma, sin muchos miramientos había cumplido su parte, ahora le tocaba a él apretar el gatillo, secundarla, estirar la mano hasta el revólver humeante y alzarlo contra la sien; matarse y conservar el honor de samurai occidental en esta época de feminismo.

Muchas veces, en el fervor del combate, en el peligro de la clandestinidad, había prometido su último pensamiento a imaginar cómo quedaría el futuro cuando la lucha terminara, era al menos un acto de fe; ahora sin embargo, con tiempo para escoger cuál de los próximos minutos le serviría para morir, evocaba el pasado, los años en que la clandestinidad fue como el juego a ladrones y policías donde lo robado era algo abstracto. Los pantalones cortos hechos con los pantalones largos de su hermano mayor; el cuerpo vaporoso de la negra que limpiaba la casa bajo la vista celosa de mamá cuando papá no estaba trabajando; las abejas que ponían en peligro el pasillo al llegar la primavera; el delantal incólume de su madre y la primera vez con Emma: las risas, la borrachera en esta misma cama. Contempló el cuerpo sin mirar más allá del cuello, comprendió, como si estuviera escrito en aquellas curvas, en los dos lunares a la altura de la cadera, su compromiso inminente de morir esta noche.

Tuvo que estirarse por encima del cadáver, y eso, el breve tiempo que demoró alcanzar el revólver, bastó para saberse más cobarde, no sólo que ella, sino que del ideal de hombre que creía ser. La mano le tembló al sentir el calorcillo del Colt 45 entre sus dedos y el olor a pólvora aún no se desvanecía con la débil rotación del

ventilador de techo. Él no dejaba de mirarla: ahora fuera de órbita el ojo verde que tanto había piropeado cuando se conocieron; el cuerpo desnudo, retorcido, esperando el rígor mortis en una posición impúdica; la mano ensortijada que Emma estiró un momento antes del disparo, para dejar la botella de vodka tan mal plantada en la esquina de la mesa de noche, que al desplome brusco del cuerpo había caído sin romperse sobre la alfombra. Ya no era la misma, ahora tenía el rostro mutilado con un charco de sangre que se filtraba por las sábanas a la altura del cuello. No más la niña que entendía por lucha de clases una guerra entre Español y Matemáticas; adicta a los adictos que llegaban con risa estúpida al hospital donde ejercía como enfermera; que cantaba o pretendía, como Edith Piaf, siempre *Non, je ne regrette rien* y un apóstrofe obsceno entre versos por culpa del agua fría o el jabón que se escurre.

Rodolfo acercó el revólver a su sien, a las gotas de sudor. Con cada golpe en la puerta sentía el desajuste del lugar exacto donde debía dispararse: Esos hijos de puta, pensó. Los imaginó enardecidos, ansiosos de ganar otra víctima por sus propias manos, como habían eliminado a los demás del grupo; él era el último escaño para decir murió la Resistencia y no estaba dispuesto a darles el lujo de la tortura. Pero la mano le temblaba demasiado. Separó el revólver de la sien, pasó el dorso de la mano por sus mejillas, se inclinó y besó la pierna de Emma que le había quedado cerca. Pensó en lo curioso que podía ser la obligación generada por el amor. Ella nunca comprendió nada y sin embargo, por su amor despierto estaba más comprometida. Ahora la muerte era inminente para él, no como imaginaba habrían deseado los que cayeron presos el dieciséis de junio y fueron torturados en San Hilario. Sabía que uno de ellos los había delatado pero no sentía rencor, conocía el poder que tiene la sugestión cuando se sienten varios voltios en el cuello. Él nunca delató a nadie y se sentía contento, casi un héroe; sin embargo, a veces sospechaba sin decirlo que su incapacidad de resistir, sus continuos desmayos tras el dolor, lo habían salvado de convertirse en un soplón. A Emma nadie la había torturado, pero, y eso lo supo siempre, sus nervios a flor de piel no iban a resistir mucho tiempo. Nada más había que verla temblar

cuando en las reuniones alguien hablaba de lo que le sucedió en San Hilario… Emma se iba a morir antes que llegara el dolor, por eso quiso adelantar.

Qué fácil y qué difícil puede ser la muerte. Se limpió el sudor de las manos frotándolas contra la sábana y revisó el cilindro del revólver, quedaban cuatro balas, podría matar a tres, esto era al menos más decoroso que un simple suicidio, un acto de valor que mañana llenaría la crónica roja y quién sabe, en unos años este símbolo de rebeldía, rayara la página en un libro de historia. Pensó por un momento que si desistía de la idea y con suerte lograba cruzar el balcón, esconderse entre los lienzos amontonados en la galería contigua, y la lloraba el tiempo que le quedaba por vivir, quizá sirviera como excusa creerse más inteligente que ella, organizar de nuevo la Resistencia, inmolarse contra los guardaespaldas del presidente, poner carteles a escondidas, convencerse de que la vida es una sola. Y hasta dormir tranquilo en otro país, hacerse a la idea de que fue mentira haber conocido una mujer tan loca, que ya ni en cuentos la gente se suicida. En definitiva, qué era Emma sino otra mujer, ni siquiera las más hermosa o la más inteligente. Se habían conocido entre tangos y champán malo, tres años atrás en un cabaret nada evocable a orillas del río Santa María, se la llevó a casa y nunca se fue. Sabía que era capaz de olvidarla como había hecho antes con otras o con su familia cuando se unió a la Resistencia. Sin embargo, allí estaba el cuerpo desnudo, retándolo a escoger entre el valor y una esperanza mínima, diciendo ven, faltas tú, aquí se acaba la guerra a las malas, a las pocas.

Sintió el olor a sazón que avanzaba desde la cocina y se sobreponía como un alivio a los demás olores. Emma había insistido en cocinar, a pesar de ser algo tan fastidioso para ella: Cocina tú, ayúdame, vamos a comer en el restaurante más mísero… con tal de no cocinar. Esta vez no hubo quejas, había creído que aquel trajín desde media tarde era un método para burlar, con la rutina diaria, el pensamiento constante en la muerte, y se tranquilizaba al saberla en la cocina y oírla volver bajito a Edith Piaf mientras él limpiaba el

revólver o completaba y rompía varias veces una carta de despedida para su madre, que ahora, con punto final y la firma enturbiada de su nombre de guerra, escondía entre los libros más comunes, lejos de la curiosidad de los sicarios que sin dudas le impedirían llegar a su destino. Una carta reveladora e irónica, mil cuatrocientas ocho palabras para explicar al nivel primario de su madre, su deber de suicidarse.

Ahora, con el revólver entre las manos, miró los libros de la universidad, organizados lejos de los tratados de política y filosofía. Recordó el tableteo del cuchillo sobre las especias y el olor a carne. Emma había hecho un pavo asado como en navidad, algo extraño para el mes de agosto. Quizá sabía que yo no me iba a atrever, pensó Rodolfo y no la creyó capaz de conocerlo tanto. Si nunca me miraba, si nunca dudó de mí… Sin embargo, habían vivido demasiado tiempo el uno del otro, ella era su verdadera familia; allá en Torrecillas, en la boca de la ciénaga quedaban los otros: sus padres, sus hermanos, tan ajenos a él. Parientes olvidados en los trajines de la clandestinidad, que lo creían un ingeniero feliz y ocupado, que seguro ni mencionaban en las conversaciones de sobremesa o lo hacían, a veces con orgullo, otras con reproche por no mandar dinero a una madre vieja; parientes que en estos tres años no vinieron a verlo, lo que de cierta forma era un alivio. Que no se acordaban ya ni de la llamada por su cumpleaños.

Recordó el tabaco cubano que había encontrado envuelto en papel de regalos sobre la mesita de noche, las botellas de vino encargada ayer a la señora de la galería de arte, los besos en la mejilla al estilo parisién y después uno largo en los labios, las felicidades y una sonrisa parecida a ésta última. Hoy era su cumpleaños y el teléfono sólo había sonado a las diez de la mañana, para traerle la advertencia de una voz indefinida que le anunció el peligro: Rodolfo, la visita que no quieres será hoy. Y sintió una risa cortada por el fin de la conversación. Al principio quiso ocultárselo, pero ¿Cómo callar y mantenerla lejos de la puerta? Entendió en aquellas palabras, la táctica desestabilizadora de la inteligencia militar y se lo explicó en

términos científicos. Estaban almorzando cuando se lo dijo, a pesar de la voz pausada de Rodolfo, ella quedó asustada. Dejó quieto el cuchillo con que hacía dibujitos en la botella helada de vino y comenzó un andar nervioso del cuarto a la cocina.

Rodolfo nunca había sido buen fumador, dio dos chupadas al tabaco y lo lanzó hacia el balcón de la galería. Siguió a Emma hasta la cocina para observar curioso el poder que tenía una amenaza de carácter oficial sobre la mente saltona de un ciudadano común, y sí, comprobó la eficiencia del método. Sin embargo, para la tercera vuelta de Emma a la cocina, ya había desechado la idea de recoger la ropa o no empacar nada para irse. Comenzó a creer que era inútil, imaginó policías en el lobby del edificio, la calle llena de agentes con fotos de los dos, tantos que aquella casa, marcada quizá por la delación, todavía era más segura que aventurarse a las puertas de salida. Él conocía bien los métodos de la policía. Primero llaman, te hacen desesperar unas cuantas horas y después tocan a la puerta.

A los esbirros no le interesaba su cumpleaños, a ella sí: Por eso el pavo, pensó. Hoy era su cumpleaños y Emma siempre le cocinaba pavo cuando quería celebrar algo. Él ya ni se acordaba, volvió a sonreír mientras caía en cuenta que si decidía apretar el gatillo estaría cerrando el ciclo exacto de cuarenta y un años de vida: A las once de la noche, pensó, quizá mamá no se acuerde. Volvieron las ganas de llorar, pero los toques se reforzaron en la puerta y su cuerpo, como un tigre acorralado, saltó de la cama. Miró el cambio de luz en el quicio de la puerta por los pasos apresurados de varias personas que parecían turnarse para tocar. Caminó hacia el pasillo hasta ponerse en línea recta con la puerta, apuntó unos centímetros a la izquierda del ojo mágico, pero no se decidió a disparar. Miró el cuerpo de Emma al trasluz, ya no bastaba imaginarla dormida, había quedado muy desfigurada para servir a la evocación. Alzó la vista y descubrió que desde la cocina avanzaba un humo azul, quizá mortal: Gases, pensó.

Los toques en la puerta se hicieron más fuertes, trataban de echarla abajo y gritaban su nombre y decían abre: Perros, quieren sacarme, murmuró, ¡Libertad!- gritó acercándose a la puerta. Los

golpes cesaron como si la consigna hubiera revisado la conciencia de los que tocaban. Alzó el revólver y disparó en un acto teatral, tres disparos separados por los besos y las miradas que lanzaba al cadáver de Emma. No se limpió las lágrimas. Alzó el revólver y se disparó en la sien como había visto hacer a ella.

Tras la puerta el cuerpo de su madre cayó de prisa sobre el pastel que sostenía el hermano que cuando niño regalaba sus pantalones largos para hacerle pantalones cortos, el mismo que a las diez de la mañana lo había llamado desde Torrecillas, antes de partir todos a la ciudad para celebrar por sorpresa el cumpleaños. Los bomberos, que corrían por el pasillo, se asustaron un poco pero siguieron de largo. Apagar el incendio producido por el tabaco en la galería era lo único que les importaba antes de irse a descansar.

Gracias por adquirir este libro. Más información sobre el autor en www.acernuda.com